
EL TEATRO
MODERNO
FELIPE SASSONE
LOVCARRI
LO QVE
SE LLEVAN
LAS HORAS



EL TEATRO MODERNO

AÑO III 26 marzo 1927 NÚM. 81

Felipe Sassone

LO QUE SE LLEVAN LAS HORAS

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL, de Madrid, la noche del 27 de enero de 1916.

PRENSA MODERNA

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
María Caridad...	*María Palou.*
Elisa...	*Concepción Robles.*
Marta...	*Ramona R. Valdivia.*
Trini...	*Ana Siria.*
Matilde...	*María Cañete.*
Juanito...	*Ernesto Vilches.*
Manuel...	*Francisco Hernández.*
Antonio...	*Arturo de la Riva.*
Monsieur Raimond...	*Victor Codina.*
Enrique...	*Alfredo Alaiz.*
Julián Fonreal...	*Luis Agudín.*
Individuo 1.º...	*Antonio Gil.*
Idem 2.º...	*Luis Caballero.*
Un mozo de equipajes...	*Guillermo Figueras.*
Otro mozo...	*Luis Robles.*
Un criado...	*Guillermo Figueras.*

La acción del día.—Primer acto. Las nueve de la noche, en Madrid y en otoño.—Segundo acto. Tarde de invierno, en Madrid.—Tercer acto. Tarde de estío, en San Sebastián.

Derecha e izquierda del actor.

OBSERVACIONES

El señor Arturo de la Riva, por deferencia al autor, interpretó el papel de Antonio. Este personaje es un tipo de bohemio; melenas, fieltro y gabán corto lleno de libros y papeles. Hablará ceceando exageradamente.

El *Fonreal,* de exagerada elegancia, habla castellano, pero pronuncia muy bien el francés.

El *modisto,* amanerado, pero no femenino. Una gran barba rubia. La pronunciación está figurada.

La *Trini.* Mantón de alfombra. Bien peinada y mejor calzada. Un chico de pecho en brazos. Madrileña neta.

El *Juanito* es un hombre de cincuenta años, fino y elegante, pero pobre. El primero y segundo acto, barbas grises y rostro de alcohólico. Tercer acto. Más cuidado, de luto, ya sin huellas de borracho y más canoso.

Los individuos primero y segundo son dos empleados de la curia.



ACTO PRIMERO

Una sala sin muebles. Puerta al foro y dos laterales. Una mesa sin tapete. Cuatro o cinco sillas volantes, que no hagan juego. En las puertas, los varales de las cortinas, sin cortinas. Dos o tres alfombras enrolladas. Un rimero de sillas atadas y embaladas. Luz eléctrica con su flexible, sin adorno ni pantalla: una sola bombilla. Dos baúles. Sensación de mudanza, de casa deshabitada. Son las nueve de la noche. Otoño.

ESCENA I

Al levantarse el telón, la escena estará vacía unos instantes. Luego salen dos *Mozos de estación; Marta* y *Enrique,* con sombrero y gabán, tomando apuntes en un cuaderno de notas.

MARTA. *(A los mozos, que se llevan los baúles por el foro.)* Estos dos con mucho cuidado. ¡Eso es! ¡Cuidado!

ENRI. Cuatro, cinco... *(Apuntando en su cuaderno.)*

MARTA. Y no hay más.

ENRI. ¿Van también los de camarote?

MARTA. Sí, señorito; quedan sólo las maletas de mano; lo demás envióse esta mañana.

ENRI. Está bien. *(Mira su reloj.)* Las nueve; ¿hay algo que comer?

MARTA. Puédole preparar algo, sí, señor; encenderé lumbre; como la señora fuése a cenar fuera, sólo guisé para mí.

ENRI. No, no; deja: cenaré en el viaje. Si viniera el señorito Manuel, le dices que lo estuve esperando, que vuelvo, y a la señora, que fuí a traerle los libros. Vuelvo en seguida; que no se te olvide nada.

MARTA. Vaya sin cuidado el señor.

ESCENA II

Marta; después, *Elisa.*

(Marta hace mutis lateral izquierda, y sale con un cabás que cierra en escena y deja sobre la mesa al oír el timbre. Hace mutis por el foro y vuelve con Elisa.)

MARTA. *(Dentro aún.)* Pase, pase, señora Elisa; no hay nadie, pero pase usted; la señora no tardará.

ELISA. *(Que, como todos los personajes, llega de la calle con sombrero.)* ¡Cómo! ¡Qué es esto! ¿Decididamente se van?

MARTA. Sí, señora: hoy. ¿Cómo no vino en tantos días? Echóla mucho de menos mi señorita; pero quítese el sombrero. Vendrá pronto, espérela.

ELISA. Yo también estuve de viaje, en Barcelona.

MARTA. ¡Páguele Dios el haber venido! Mi señorita estuvo con cuidado y triste de no verla.

ELISA. Pero ¿se van hoy? ¿Hoy mismo?

MARTA. Ahora, sí, señora.

ELISA. ¿Y usted también se va?

MARTA. ¡Ay, no, señora! Ganas no faltan; pero las Américas están muy lejos. Una sobrina mía fuése el año pasado y enfermó de morriña. Además, allá en Pontevedra tengo al rapaz, mi nieto, que ahora cumplirá de servir al rey... No me atrevo a marchar tan lejos de él.

ELISA. Entonces, ¿vuelve usted a Galicia? ¿Va usted a buscar otro acomodo en Madrid?

MARTA. La señorita recomendóme a don Manolito, su amigo el pintor, ¿no recuerda?

ELISA. ¡Ah, sí, sí!

MARTA. Y vóime a cuidar su casa de soltero. Aunque nací bien y me crié con mucho regalo, los tiempos cambiaron..., ¡y qué he de hacer! Tengo que servir. Felizmente, con don Manolito no pasaré trabajos y tendré ocasión de recordar a la señorita María. Véola marchar con mucha tristeza. Desde pequeñina que la sirvo, cuando llegó de Buenos Aires. ¡Muchos años! *(Timbre*

dentro.) ¡Ella es! ¡De fijo! ¡Juraríalo! ¡Ella es! *(Mutis foro.)*

ESCENA III

Dichas y *María,* foro.

MARIA. *(Dentro.)* ¿No ha venido nadie más? *(Saliendo.)* ¡Tú!

ELISA. *(Se besan.)* ¡María!

MARIA. ¡Gracias a Dios que te dejas ver! ¡Creí que me marchaba sin despedirme de ti! Tome, Marta. *(Dándole el sombrero.)*

MARTA. El señor estuvo: dijo que iba por unos libros...

MARIA. Está bien. *(Mutis Marta, lateral izquierda.)* Pues fuí a tu casa; la portera no me daba razón...

ELISA. Estuve en Barcelona siete días, con mi marido.

MARIA. ¡Semana de pasión!

ELISA. ¡Completamente de pasión! Fuí a resolver ese pleito.

MARIA. ¿Y todo arreglado?

ELISA. Sí; es decir, desarreglado. Cada uno a vivir por su cuenta, y no nos divorciamos porque en España no es posible.

MARIA. ¡Dichosa tú!

ELISA. ¡Con qué pena lo dices!

MARIA. ¡Qué quieres! Este maldito viaje ahora...

ELISA. Pero ¿no hubo medio de evitarlo?

MARIA. Hace ya tres meses que debimos partir. A fuerza de astucia y de maña he ido retrasando el viaje; pero ya es imposible... Con esto de la guerra, el tener dinero en América es como no tenerlo. Enrique tiene todo su capital en Buenos Aires; yo tengo mi patrimonio en manos de un apoderado... Hemos de ir...

ELISA. Chica, es un viajecito muy agradable.

MARIA. Y si supieras con qué poca gana...

ELISA. Me lo figuro. *(Pausa.)* Sigues tan enamorada, ¿eh?

MARIA. ¡Con toda mi alma, Elisa! ¡A ti no puedo ocultarte nada! ¡Con toda mi alma! ¡Cada día! ¡Cada hora más!

ELISA. ¿Y él?

MARIA. ¡Calla, calla siempre! ¡Es tan amigo de mi marido! ¡Y tan bueno, tan leal! ¡Pobre Manuel! ¡Hubiéramos podido ser muy felices, y el Destino quiere que seamos unos desgraciados!

ELISA. No; el Destino, no: vosotros.

MARIA. ¡Nosotros! Pero ¿qué puedo hacer yo, Elisa?

ELISA. Lo que haría yo en tu lugar. Si él no te habla, si no se decide por timidez, hablar tú.

MARIA. ¡Pero cómo! ¿Y mi marido?

ELISA. ¡Es verdad: tu marido! ¡Tu marido, a quien no quieres!

MARIA. No, no le quiero; pero es mi marido. Enrique ha emparedado de hielo mi vida. Los negocios, un afán de dinero que se traduce en laboriosidad y en preocupaciones, le alejaron de mi corazón hace muchos años; es bueno, me quiere como a una madre, como a una hermana, y eso no basta. Yo necesitaba un cariño fuerte, hondo, violento, lleno de pasión, y el de Enrique no basta: pero, desgraciadamente, tampoco bastan todas estas razones sentimentales para justificar un abandono de mi parte, un olvido total de mis deberes.. Llevo su nombre.

ELISA. ¡Pobre María!

MARIA. ¡Pobre, sí; no sabes decirme otra cosa!

ELISA. ¡Y qué quieres que te diga, si es imposible convencerte! Todo lo que piensas ahora pudiste haberlo pensado antes y alejar a Manuel a tiempo y ahorrarte penas.

MARIA. ¡Ay, Dios mío! Si este cariño nació de golpe, porque sí, desde los primeros días que nos vimos. La antigua amistad de mi marido y Manuel dió facilidades y ocasión; Manuel viene todos los días desde hace dos años. Nunca me dijo nada; nada le dije yo tampoco; pero él sabe que nadie puede comprender y sentir como yo su alma de artista, y yo sé que sólo

en sus labios está el agua bendita para mi sed de amor.

ELISA. ¡Ay, te pones romántica! ¡Pobre María Caridad! ¡Cuánto le quieres!

MARIA. ¡Sí le quiero! ¡Tú sabes lo patriota que soy! He viajado por Italia, por Francia, por Inglaterra; conozco toda España, y la nostalgia de mi tierra no me abandonó nunca. Aquí, ya ves, Madrid es tan bonito, tan alegre, y, sin embargo, no me acostumbraba, no quería quedarme. ¡Mi Buenos Aires, con aquel río y aquel cielo tan azules! Mi pampa inmensa, con sus gauchos, y su pericón, y sus payadas, y su mate en las mañanas claras, bajo la sombra del ombú, me tenían el alma enferma de añoranza. Pues por Manuel lo olvidé todo, todo: créeme, y ahora me encontraba bien aquí. *(Pausa.)* Aquí he pasado la época más dulce de mi vida; la única que recordaré con pena, la del retrato; quince días de "pose", quince días de felicidad. Allá, en la salita rosa que se abre sobre el jardín. Manuel pintaba y me acariciaba con los ojos. ¡Pintaba hasta el atardecer! Cuando el jardín se llenaba de tonos violeta y la habitación se poblaba de sombras, dejaba los pinceles y me miraba fijo, con aquel mirar suyo tan cálido, tan hondo, como si se le saliera el alma por los ojos. Un día...—lo recuerdo muy bien, lo recordaré siempre—, yo estaba muy nerviosa, me movía mucho... "Quieta, criollita, que el modelo es precioso y no lo podré pintar", me dijo con su acento a la par mimoso y zumbón, cogiéndome de un brazo. ¡Me ericé toda! ¡Criollita! Nunca me había llamado así... Creí que iba a hablar, que iba a decirme "¡Te quiero!" Yo tuve ansias de gritar, de llorar, de echarle los brazos al cuello; pero callamos y temblamos los dos: ni él quiso, ni yo quise, acaso porque los dos quisimos demasiado. *(Pausa.)*

ELISA. ¿Y después?

MARIA. Después, nada; calló, calló mucho más aún; tornóse reservado, triste, hasta hosco. Como si quisiera castigarse a sí mismo por su libertad de un momento. Siempre me habla de mi marido; de la amistad que los une. . ¡No le traicionará jamás! ¡Es tan leal, tan digno!

ELISA. Hasta que su amor sea más fuerte que su dignidad. Ya hablará: lo que no dijo en tres años, pudiera decirlo hoy.

MARIA. ¿Hoy? ¡Ya para qué, Elisa! ¿No ves que me voy? ¡Ya todo es inútil! Antes de una hora ha de venir Enrique por mí. ¡Me voy, acaso para siempre!

ELISA. Es verdad. Me olvidaba que te marchas ahora mismo. ¡Pobrecita! Pero ya pasará.

MARIA. O no... *(Timbre dentro. Marta pasa de la izquierda al foro.)*

ELISA. Sí; todo pasa, todo se olvida. Si no olvidáramos, no se podría vivir. Yo estaba muy enamorada de mi marido cuando me casé, y, ya ves: me separo de él.

MARIA. Tú eres fuerte y alegre.

ELISA. Si pensaras como yo...

ESCENA IV

Dichas, Manuel y *Juanito,* los dos con sombrero, por el foro.

MAN. ¿Se puede?

MARIA. ¡Manuel!

MAN. ¡María Caridad! ¡Elisa! Me cuelo así de rondón y no solo; ya lo ve usted.

MARIA. *(A Juanito.)* ¡Caballero!

MAN. ¡Ven acá, hombre! Aquí lo tiene usted. ¡El maestro!

JUAN. Señora, usted perdonará...; yo soy así, un poco a la pata la llana, y olvidando todo formulismo, vengo a conocerla y a decirla adiós.

MARIA. Gracias.

JUAN. No podía tolerar que se marchara usted de Madrid sin ofrecerla mis respetos; conocía el retrato y ardía en deseo de conocer el original. *(Aparte, a Manuel.)* Es de primera la criollita.

MARIA. Yo le conocía a usted mucho por Manuel.

JUAN. *(Con intención.)* Yo también la conozco a usted mucho, por Manuel.

MARIA. ¡Ay, qué distraída! No les he presentado. Mi amiga Elisa Falcón; el señor Zabala, pintor.

JUAN. Señora...

MARIA. ¡Juan Zabala! Juanito, ¿no es eso?

JUAN. Sí, señora: Juanito; desde pequeño me llamaban así, y así han seguido llamándome; sólo que ayer, cuando jugaba con soldados de plomo, Juanito era un cariño, un mimo, y ahora que lucho con hombres que parecen de plomo, Juanito, para mis barbas y mis melenas, es una ironía.

MAN. ¡Vaya, ya lo oyen ustedes: mi maestro es un gran conversador!

MARIA. Sí; ya lo veo.

JUAN. Nada de eso, señora; ni conversador ni maestro.

ELISA. No dicen lo mismo los informes de su discípulo.

MARIA. Manuel asegura siempre que se lo debe a usted todo.

JUAN. ¿A mí? ¡A mí no me debe nada! Nadie debe nada a sus maestros; se lo debe a su talento; a sí mismo, a Dios.

MARIA. ¡Oh, pero usted...!

JUAN. No, no; si yo también fuí soñador y optimista; es decir, memo, y me puse a pintar por vocación, y la vocación se ha convertido en apetito; ya ven ustedes que lo digo con un eufemismo .. Antes, después de una noche de insomnio, trabajaba por la gloria; ahora trabajo por el vil garbanzo, después del vermouth cruel con que se agasaja un amigo. ¡Puá! Soy un pintamonas.

MAN. No digas eso, Juanito.
MARIA. Nada, decididamente, es un bromista; pero siéntese usted.
JUAN. Gracias. Soy absolutamente sincero. ¡Tu maestro yo! Sí, sí. Porque te puse los pinceles en la mano y te dije: "Pinta; tienes vocación, tienes talento: pinta". Fué tu destino; yo sólo actué de intermediario. Lo mismo te hubiera gritado cualquier otro; ahora que yo te agradezco con toda el alma que me llames maestro, porque me forjo la ilusión de que eres una prolongación de mi talento, del que nunca tuve. ¡Sí, hombre, sí! Yo soy como esos padres brutos, muy brutos, que en sus hijos se quieren a sí mismos, y si tienen un muchacho con talento, van exhibiéndolo por ahí, diciendo: "¡Es mi hijo, mi heredero!" Como si el niño hubiera heredado, junto con la penosa carga de la vida, la idiotez de un padre, que fué padre por casualidad. Pero en fin, no hablemos de nosotros; hablemos de algo interesante, de usted. ¿Siempre es hoy el viaje? ¡No quiero creerlo!
MARIA. Pues créalo usted.
ELISA. No ha habido medio de convencerla.
MARIA. Desgraciadamente, nos vamos.
JUAN. ¿Desgraciadamente?
MARIA. Sí; porque me encontraba muy bien aquí. Mi marido había venido a descansar a su tierra; aquí encontró a Manuel, su íntimo, y yo a Elisa, que ha sido para mí una hermana.
ELISA. ¡Oh, gracias, María!
MARIA. No; es la verdad; hemos vivido en una intimidad tan dulce. En Buenos Aires no tengo a nadie, no me queda ni un pariente. ¡Comprenderá usted mi dolor al dejar esto, donde lo tenía todo! ¡Yo era casi española ya! ¡Créame usted: me voy con mucha pena!
JUAN. No será menor la que yo sienta al verla partir y por haberla conocido a usted tan tarde.
MARIA. Culpa de usted ha sido.
JUAN. Y me arrepiento con toda mi alma.

MARIA. Pues hay que castigarse de algún modo.
ELISA. Frecuentando mi casa; seremos amigos.
JUAN. ¡Caramba! ¡Pues si eso es casi un premio!
ELISA. Yo soy muy aficionada a la pintura y entiendo algo, ¿eh?
MAN. ¡Mucho, ya lo creo! *(Timbre dentro.)*
ELISA. Los tres hemos de recordar a esta ingrata que se nos va.

ESCENA V

Dichos y *Marta,* foro.

MARTA. El señor Fonreal.
MARIA. Que pase. *(Vase foro Marta.)*
ELISA. ¡Vaya, puedes poner la escoba detrás de la puerta!
JUAN. Tiene usted razón.
MARIA. ¿Le conoce usted?
JUAN. Lo he padecido.
MAN. Este le llama el afrancesado.
MARIA. Es verdad; se pasa la vida recordando París, su París "charmant", como él dice.

ESCENA VI

Dichos y *Julián Fonreal,* con sombrero, bastón, un ramo de flores y un paquete de bombones.

JULIAN. ¡Señoras! ¡María Caridad! ¡Elisa! ¡Pintor ilustre! "¡Cher maître!" Un "bouquet, des bombons pour le voyage; je suis desolé, ma cher", desolado..., no puedo acompañarla a la estación...: una cita, un odioso "rendezvous".
MARIA. ¡Oh, gracias! ¡Cuánto lo siento!
JUAN. *(Aparte.)* ¡Chico, qué antipatía!
MAN. *(Aparte.)* Prudencia; reprímite, por favor.
JULIAN. *(A ellas.)* Está usted "ravisant", y usted, "charmante". ¡Encantadoras! ¿Y por mucho tiempo el viaje, María Caridad?
MARIA. ¡Ay, acaso para siempre!

ELISA. ¡No digas eso! ¡Empeñada en dejarnos para no volver! ¿Le parece a usted?

JULIAN. ¡Yo creo que tiene razón! No pudiendo ir a París a causa de esta maldita guerra, me parece de perlas ir a Buenos Aires, que es la sucursal, otro medio, otro ambiente... "Ca c'est afreux"..., aquí no hay vida "nisa pas de chic". El cocido, la tortilla de patatas, las casas con alcoba; ¡yo no comprendo cómo se puede vivir en España!

JUAN. Ni yo cómo ha podido usted nacer en ella.

MAN. ¡Hombre, Juanito!

JULIAN. Usted siempre ha sido muy patriotero, "cher maître".

ELISA. Está de broma.

JUAN. No; es que adoro a mi Madrid, y como no tome el sol en mi calle de Alcalá, y no vaya al café a hablar mal del Gobierno, del Gobierno, ¿eh?, no del país, y a robarme los terrones de azúcar..., nada, me parece que no vivo.

JULIAN. ¡Ah, muy bien! "Ca c'est drol"; eso no deja de ser una "boutade". Es verdaderamente "rigolante"; pero usted, que es un artista, no puede negar que Madrid es la caricatura de una gran ciudad.

ELISA. Eso, no.

MARIA. Yo también protesto.

JUAN. ¿Caricatura ha dicho usted? ¡Caricatura! Caricaturas son esos pollitos litris, que después de haberse dejado tomar el pelo por una cocota, que lo tiene postizo todo, hasta el alma, vienen a desdeñar a su país, porque no saben sentirlo.

MARIA. ¡Vamos, no le hacía yo a usted tan patriota! ¡Me gusta, me gusta eso!

JULIAN. "Pardon", yo opino...

JUAN. Nada, nada; usted opina como muchos españoles que ponen como no digan dueñas a la pobre España. ¡Creen que eso tiene gracia! ¡Así nos luce el pelo, por la manía que tenemos de hacernos de menos, de denigrarnos a

nosotros mismos! ¡Esto no sucede en ningún país del mundo! Y aquí lo que hacía falta es llevar a todos los descontentadizos españoles y extranjeros delante del Cerrillo de los Angeles, o a la Cabecera del Rastro, y como no reconocieran que éste es un bulevar magnífico, y el Cerrillo una montaña más alta que el Himalaya, desterrarlos en seguida.

MAN. ¡Ja, ja! ¡Qué Juanito!

ELISA. ¡Tiene gracia!

JULIAN. En calidad de mentira, tiene mucho "esprit".

JUAN. ¿Mentira? ¡Y qué importa! La mentira es siempre dulce, mientras no se convierta en calumnia: la mentira de hoy puede ser la verdad de mañana, y a fuerza de creer y pregonar nuestro bienestar y nuestra grandeza, acaso llegaríamos a tenerlos.

MAN. Bueno, bueno; me ponen ustedes en el caso de pedir perdón a estas señoras por la discusión improcedente y absurda...

MARIA. No; nada de eso; lo que me extraña es que entre artistas discutan así.

JULIAN. "¡Tre bien!" Tiene razón. Para los artistas no hay patria, el arte no tiene patria.

JUAN. ¡Quién lo ha dicho! ¡Todo eso es música! El arte, en el fondo, es subjetivo, hasta en los pintores; el arte es alma, es sentimiento, y el sentimiento sí puede y debe ser nacional. Por eso yo no sé pintar sino mujeres de mi tierra, morenas y trágicas, sensuales y tristes, como nuestros cantares y nuestras danzas; y me emociona hasta la llanura de Castilla, que usted desprecia; me emociona porque se me antoja vasta, amplia como un deseo, como un ensueño, como un grito de libertad. *(Transición.)* Bueno; la verdad es que no soy ningún don Melquiades perorando; pero defiendo lo mío.

JULIAN. Es usted un "coser" admirable, ¿verdad, señora?

MARIA. Y usted también: me estaría oyéndolos un siglo entero sin cansarme; pero me van ustedes

a perdonar: hay que cerrar unos baúles, y el tiempo no perdona; voy y vuelvo. Manuel y el señor Zabala le harán a usted compañía.

JULIAN. No; si me voy, señora; es ya muy tarde, y no puedo detenerme...; lo siento.

MARIA. Yo también; pero si tiene usted que hacer...

JULIAN. Nos despediremos ahora. *(A Elisa.)* ¿Usted no se marcha, verdad?

ELISA. No; yo sólo le digo hasta luego.

JULIAN. A los pies de usted.

MARIA. ¡Entonces, adiós! ¿Vienes, Elisa? *(A Fonreal.)* Si se detiene usted un cuarto de hora, aún le encuentro aquí.

JULIAN. Imposible, señora; vaya, vaya usted. "Bon voyage". Usted dirá a Enrique mi sentimiento por no haberle encontrado. Adiós y mande alguna postal de nuestro París "charmant".

MARIA. ¡Señor Fonreal, adiós! Con permiso.

JULIAN. *(Medio mutis.)* ¡Señores, "revuar"... y no me guarden rencor por la discusión.

MAN. ¡Quite usted! ¡No faltaba más!

JULIAN. Ya iré por "l'atelier".

MAN. Cuando guste.

JULIAN. ¡Ya le encargaré algún "petí tabló", y a usted también, maestro! ¡Una tablita, una acuarelita, "un pastelito"!...

JUAN. ¡Bueno, hombre, bueno!

JULIAN. Adiós, ¿eh? ¡A "tut a l'loro!"

ESCENA VII

Juanito y Manuel.

JUAN. Pero ¿tú has visto pelmazo igual? ¡Le encargaré una acuarelita, una tablita, un pastelito! Este es de lo que todo lo empequeñecen: la obrita, la estatuíta, aunque se trate de una maravilla; claro, como no tienen más que cerebrito, así juzgan. Te juro que si fuera verdad que los hijos vienen de París, mataba ahora mismo a todos los míos.

MAN. ¡Bah, déjalo estar!

JUAN. ¡Estúpido! *(Pausa.)*

MAN. Bueno, Y... ¿no me dices nada? ¿Qué impresión te ha hecho María Caridad?

JUAN. ¿La criollita? ¡Magnífica! ¡Sensual, ondulante! Es el tango argentino hecho carne de mujer.

MAN. Déjate de bromas.

JUAN. ¿Bromas? Si tuviera veinte años menos, reñiríamos tú y yo. ¡Vaya una mujer!

MAN. ¿Comprendes ahora que esté loco? ¿No es una desgracia que se haya interpuesto en mi camino?

JUAN. Si la dejas marcharse, sí.

MAN. ¿Qué dices?

JUAN. ¡Ah!, pero ¿tú crees que estoy en la higuera? No, hombre, no. Ya sabía yo que tú la querías; me lo dices cien veces por minuto; lo que no sabía era que ella también te quisiera a ti.

MAN. ¡Oh, Juanito!

JUAN. ¡Oh, Juanito, Juanito! ¿Crees que me hace falta que ella me lo diga? Apenas entré, a los dos minutos de estar aquí lo comprendí todo. Te quiere, Manuel, te quiere, y está muy triste.

MAN. Y aun suponiendo que me quisiera, ¿qué hago yo, qué puedo hacer?

JUAN. ¿No la quieres tú también? Habla: ¿no la quieres?

MAN. ¿No acabas de decirme que lo sabes? ¿No te lo he dicho yo a todas horas? ¡La quiero con toda mi alma, con toda mi juventud, con todos mis nervios, con toda mi sangre!

JUAN. ¿Acabaste ya?

MAN. ¡Oh, no te burles!

JUAN. Si no me burlo, primo, más que primo. Tú me preguntas y yo te contesto: ¿la quieres? Pues díselo de una vez, y síguela. ¿No podrías vivir de tus pinceles en cualquier parte, como aquí? ¿Tienes miedo a la lucha?

MAN. No, Juan; tengo miedo a mi conciencia. Esa mujer es de otro; es la mujer de un amigo de

toda la vida, de un hombre bueno, caballeroso...

JUAN. Muy caballeroso y muy bueno; pero ¿la hace feliz?

MAN. No la hace feliz; pero es mi amigo y sería una inmoralidad, una infamia...

JUAN. ¡Mira, Manuel, déjate de pamplinas y de sentimentalismos al revés! ¡Todo eso es música! La única verdad es que ella te quiere, que tú la quieres, que podéis ser felices. ¡Pues a ello! Agárrate a esa verdad, y deja que su luz te alumbre la vida.

MAN. ¡Oh, no, no! Yo no quiero oírte hablar así; te desconozco, Juanito; ¡tú, mi amigo, aconsejándome la traición a otro amigo!

JUAN. ¡Que no lo es mío!

MAN. Pero ¿tú piensas lo que dices? ¡Oh, no, no; te repito que no quiero oírte opinar con ese materialismo grosero, con ese olvido de todo principio moral, con ese egoísmo que no cabe en un hombre medianamente bueno, con ese cinismo que repugna: no, Juan, no; tú no eres malo, y mucho menos cínico!

JUAN. Yo no sé lo que soy; no sé si soy malo o bueno; no lo sé; te quiero mucho, y como no quiero a toda la Humanidad y soy hombre de pocos cariños, a esos cariños lo sacrifico todo. Si para que no te doliese nunca la cabeza fuera preciso que se hundiera una ciudad o naufragase un barco lleno de viajeros, y en mi mano estuviese, se hundiría y naufragarían. ¡No me importa la moralidad, no me importa el deber, ni Enrique, ni la Humanidad entera! Me importas tú; por tu bien hablaba, y tú me respondes con malos modos.

MAN. Bueno, Juanito; bueno, perdona. Pero piensa en lo que me has dicho. ¡Cómo me propones...!

JUAN. ¿Cómo? ¡Con mi experiencia, con mi lógica! Soy bastante más espiritualista de lo que tú te figuras. Oyeme, Manuel, óyeme: yo no pue-

do engañarte, y te engañaría si te dijese que este amor va a pasar porque todo se olvida, no. Te conozco y sé que este deseo sin saciar no lo olvidarás nunca. Contra el hambre, comer; contra la sed, beber; es el único remedio. Después podrá venir el olvido; antes, no; y si viene después, no ha de destruir los años, los meses, los días, de felicidad que hayáis gozado. Fíjate en mí con la madre de mi hijo, con la Trini; ya no es la misma que era cuando vendía décimos y nardos en la acera del Suizo; cuando vino a mi estudio a servirme de modelo y de tentación; se ha vuelto regañona, me hastía; pero fuí feliz con ella, y el recuerdo de aquella felicidad aún me alegra. Perder a la criollita, te amargará para siempre; no podrás trabajar, ni vivir, ni pensar. Pues quiérela, síguela, vive una hora, aunque sólo sea una hora de amor, de felicidad y de olvido. Sólo por eso, créeme a mí, vale la pena esta vida de perros que uno lleva. *(Pausa.)*

MAN. ¡Oh, Juanito, es horrible, horrible!

JUAN. Oyeme, no te desesperes.

MAN. No me desespero: me resigno.

JUAN. Resignación y dolor son hermanos; ¡vive!

MAN. No; he de vencerme, he de confiar en el tiempo: que él me cure.

JUAN. El tiempo no cura nada; el tiempo es amigo de la muerte, y pasa y lo marchita todo; no dejes que el tiempo te venza; el fruto está en el árbol, maduro, cayéndose: cógelo y goza de él, antes que un pájaro traidor o un mal viento se lo lleve.

ESCENA VIII

Dichos, María y *Elisa,* por donde se fueron.

ELISA. *(Dentro.)* ¡Señor Zabala! Juanito.

JUAN. ¿Es a mí?

ELISA. *(Saliendo.)* Venga, venga.

JUAN. Pero ¿qué pasa?
MARIA. Nada; tonterías de ésta.
ELISA. ¿Tonterías? ¡Un cuadro precioso! ¡Un Watteau legítimo!
JUAN. *(Entusiasmado.)* ¿Dónde?
ELISA. Aquí, en la salita; ésta no quiere llevárselo.
JUAN. ¿Y cómo sabe usted que es legítimo?
MAN. Sí, sí; es auténtico.
MARIA. Eso sí; pero se trata de un cuadro pequeño.
ELISA. ¡Un Watteau! ¡Un abate madrigalista y una pastora de Versalles que se dicen amores! ¡Figúrese usted! Dice que no cabe en la maleta... Usted, que es pintor, se dará maña, sabrá envolverlo... ¡Venga usted!
JUAN. No es lo mismo pintar que envolver; pero, en fin...
ELISA. Ande, ande, vamos. *(Hacen mutis por este orden: Elisa, llevándose a Juanito, y Manuel, tras ellos. Cuando éste ya va a hacer mutis, María le detiene con la frase.)*

ESCENA IX

María y *Manuel.*

MARIA. ¡Vaya usted con Dios!
MAN. ¿Usted no viene?
MARIA. Yo no he dicho nada; vaya usted, si tiene interés.
MAN. Yo creí que usted también venía a ver el cuadro.
MARIA. Lo estoy viendo todos los días, y usted también; podría copiarlo de memoria. ¡Es que me huye usted! ¡Parece que le molestara quedarse conmigo!
MAN. ¿Qué dice usted, María?
MARIA. Nada, nada; vaya usted; déjeme.
MAN. Pero venga usted también.
MARIA. No; yo, no; no quiero, ¿entiende usted? Alguna vez he de hacer mi gusto. ¡Vaya usted solo!

MAN. ¡María, me habla usted con una dureza!

MARIA. ¡Con la que usted se merece! Huye usted de mí como de algo repugnante, odioso... ¡Yo no sé por qué!

MAN. ¡María Caridad, tenga usted caridad! No se complazca usted en atormentarme.

MARIA. ¡En atormentarle! ¡Yo! ¡Si es usted quien olvida hasta la amistad que antes me demostraba!

MAN. ¡Amistad!

MARIA. ¡Amistad, sí; amistad que se ha ido enfriando poco a poco hasta convertirse en desvío!... ¡Me huyó usted siempre, y también ahora, sin pensar que dentro de poco no nos veremos ya nunca más, nunca!...

MAN. ¡Nunca! *(Pausa.)* ¡María Caridad, por favor!

MARIA. ¿Qué?

MAN. ¡Nada!

MARIA. Hable, dígalo; no tenga reparo; no tenga miedo.

MAN. ¡Pues sí, tengo miedo, mucho miedo! ¡Miedo de decir lo que usted sabe; lo que yo sé; lo que guardo aquí en el alma, escondido como un crimen! ¡María..., esta hora no debió sonar, no debió llegar nunca en nuestra vida; pero usted ha dicho que no nos veremos más; ha pronunciado la palabra "nunca", y mi corazón se ha sentido morir!

MARIA. ¡Manuel!

MAN. Sí; ya es vano; ya no puedo callar; ¡para qué! Habló mi turbación, hablaron mis ojos.

MARIA. ¡Hace ya tanto tiempo que hablan los míos, y usted no quiso oírlos!

MAN. ¡Oh, María!

MARIA. ¿No ve usted que he perdido hasta la prudencia y el recato; que lo he preparado todo para esta entrevista, porque no me resignaba a marcharme así, sin saber...?

MAN. ¿No lo sabía usted ya?

MARIA. No tenía la certeza... Quería escucharlo de

usted, Manuel. ¡Nos hemos destrozado la vida por callar!

MAN. ¡Pues óyelo, óyelo, y no lo olvides nunca! ¡Te quiero, te quiero con toda mi alma! ¡Te quise siempre! Desde el primer día que te vi, ¡sufriendo y callando, y venciéndome, y llorando; tu amor es toda mi vida, y me cuesta la vida, porque te adoro como a mi sueño de arte y de belleza, como a mi Dios!

MARIA. ¡Oh, gracias, Manuel, gracias!

MAN. ¡Ya lo sabes! ¡Ya lo oíste! ¿Y para qué?

MARIA. ¡No; es que quiero oírlo siempre!

MAN. ¡Siempre, María! ¿Y cómo?

MARIA. ¿No lo comprendes? ¿No me entendiste? ¿No sabes por qué he vencido en esta lucha horrible, antes de decidirme a todo?

MAN. ¿A todo?

MARIA. ¡A todo, sí; para abandonarme contigo a este amor, a este gran amor, que es la verdad, la vida, la única razón de ser de nuestra vida! Ya ves, el dolor de perderte fué más fuerte que yo; más fuerte que la vergüenza de pedirte que...

MAN. No, María, tú no pides nada; tú no puedes pedirme lo que yo te di hace mucho tiempo; soy tuyo, todo tuyo, lo seré siempre, te seguiré a América.

MARIA. ¡Sí, Manuel!

MAN. Sí; no te dejaré nunca. Mira: dentro de ocho días...

ESCENA X

Dichos y *Enrique*, que aparece en el foro; mira con calma a Manuel, y le dice:

ENRI. ¡Hola! ¡Informal! Aquí tienes los libros. Quedamos en cenar juntos. *(A María, que inicia el mutis.)* ¿Dónde vas?

MARIA. A... darle esto a Marta, que lo ponga en la maleta de mano. *(Mutis lateral izquierda.)*

ENRI. María se fué a cenar con las de Salazar... Te he podido esperar toda la noche. ¡Qué cabeza!

MAN. Un compromiso anterior..., no me acordé.

ENRI. Pues mira: me alegro. *(Pausa.)* ¿Quieres un cigarro? Me alegro, sí, porque mientras cenaba solo, he tenido ocasión de pensar en una cosa. ¿Por qué no te vienes a América con nosotros, eh?

MAN. ¡Enrique!...

ENRI. Sí, hombre, sí; no parece sino que te propusiera un imposible. Allá puedes hacer una exposición de tus cuadros... Mira: aquí viene María; ¡a que opina igual que yo!

ESCENA XI

Dichos y María.

ENRI. Oye: ¿qué te parece que Manuel haga el viaje con nosotros?

MARIA. ¡Yo! El dirá; yo..., yo, claro, tendría mucho gusto.

ENRI. ¡Caramba, qué indiferencia! ¡Se diría que no te apena la separación!

MARIA. Sí, Enrique; pero es que...

ENRI. No, si ya lo sé; pero como tienes la manía de decir que la tristeza es de mal gusto...

MAN. ¡No se va a echar a llorar!

ENRI. ¡Miren quién habla, y está que le pueden ahogar con un cabello! Si es natural y lógico, hombre: tú eres, más que mi amigo, mi hermano; eres como de nuestra familia, y yo también estaría muy triste si no me pareciese un absurdo separarnos.

MAN. Es que no puedo, la verdad. Además quiero estar aquí para la exposición.

ENRI. Nada, nada; nosotros hemos de estar en Barcelona tres días; tú, con calma, mañana haces tus baúles, te vienes con nosotros y...

MAN. No puedo, no puedo. De aquí a un año, tal vez; ahora...

ENRI. Es que...
MARIA. No insistas, Enrique.
ENRI. ¡Oh, qué tontería! ¡Anda, nos llevaremos también a Juanito; toda una excursión; verás qué simpático es!
MARIA. Si está aquí; ya me olvidaba.
ENRI. ¿Quién?
MAN. Juanito; yo lo traje.
ENRI. ¿Que Juanito está aquí?
MARIA. En la sala, con Elisa, envolviendo el Watteau.
ENRI. ¡Pues esto sí que no lo esperaba! ¡Voy a convencerle a él también! Y tú no lo pienses más. Todos juntos: el gran viaje. *(Haciendo ya el mutis.)* ¡Hola, Velázquez, Greco, Murillo! *(Mutis lateral derecha.)*

ESCENA XII

Manuel y *María.*

MARIA. Manuel..., ¿qué piensas?
MAN. ¡Que esto no puede ser; que no debe ser, que sería una infamia! Cuando vi a tu marido entrar por esa puerta, creí que lo había escuchado todo, hasta lo deseé.
MARIA. ¡Manuel!
MAN. Sí, lo deseé. Le hubiera puesto en claro la situación lealmente, violentamente. Esta lealtad suya, tan amplia, tan confiàda, es mucho peor. ¡Cae sobre mí, sobre nosotros, como una vergüenza! ¡No puede ser, no debe ser, María! ¡Piensa en el remordimiento!... *(Pausa.)*
MARIA. Sí; pienso que debo perderte, y te pierdo. Me destrozo la vida, pero tienes razón; tú mismo me juzgarías mal. Esta vergüenza de ahora es como una lección, como un aviso. ¡No puede ser feliz el amor que tiene de qué arrepentirse! ¡Separémonos!
MAN. ¡He sido cobarde! ¡No he debido hablar, he debido vencerme! ¡Perdóname!

MARIA. Que nos perdone Dios, si pecamos con un mal pensamiento...

MAN. ¿Me escribirás?

MARIA. No; ni tú a mí; ni una palabra. Hemos de pagar este arrebato de un instante, sufriendo y callando toda la vida.

MAN. ¡María, María, qué dolor! ¡Qué infinita tristeza! ¿Me olvidarás?

MARIA. No podré. ¡No quiero tampoco olvidarte! Esta flor de nuestro cariño, que tú y yo renunciamos a cultivar, nunca marchita de celos ni de remordimientos, vivirá eternamente en nuestro corazón con un suave aroma de melancolía... Y ahora, adiós... *(El avanza hacia ella; ella le tiende la mano.)* No, Manuel, no; así: no podemos ser sino amigos.

ESCENA XIII

Dichos, Juanito, Elisa y *Enrique;* después, *Marta.*

JUAN. ¡Qué! ¿Es cierto? ¿Has resuelto embarcar? ¡Nos vamos!

MAN. No; desgraciadamente, no puedo.

ENRI. ¡Pero, hombre!

MAN. No; así de repente, imposible; sería una locura.

MARTA. Señoritos, faltan veinte minutos.

MARIA. Es verdad; corro a ponerme el sombrero. ¿Vienes? *(A Elisa.)*

ELISA. Sí, vamos.

ENRI. ¿Entonces vendrás a la estación?

MAN. Enrique..., no puedo. Despidámonos aquí. No puedo salir... ¡Este dolor es más fuerte que yo!

ENRI. ¡Vamos, el que decía que no lloraba! Me vas a conmover a mí también... ¡Manuel, Manuel, mi compañero, mi amigo! *(Se abrazan.)*

ESCENA XIV

Dichos, Elisa, María y Marta.

ELISA. Vamos, vamos; es tarde.
MARIA. Sí; no le deje usted, por favor; está muy impresionado.
ENRI. ¿No se olvida nada?
MARTA. Descuide el señor.
ENRI. Bueno, baja las maletas al automóvil. *(A Marta, que hace mutis.)* Anda, despídete de Manuel.
MARIA. ¡Adiós! *(Se dan la mano. Mutis María, rapidísimo. Síguela Elisa. Juanito abraza a Enrique.)*
JUAN. ¡Buen viaje; adiós! *(Mutis todos foro, menos Juanito y Manuel.)*

ESCENA XV

Juanito, Manuel, que cae en una silla llorando, y, luego, *Marta.* Pausa.

JUAN. ¡Anda, calma..., calma..., ya no tiene remedio! ¡Qué hacer!
MAN. Por eso lloro, porque no tiene remedio.
JUAN. ¡Pobre Manuel! *(Pausa.)*
MARTA. Señoritos, he de cerrar...
MAN. ¡Casita por donde pasó el amor con la felicidad que nunca vuelve! ¡Pronto has de quedarte como mi corazón!
JUAN. ¡Anda, vamos, valor! ¡Manuel, valor!
MARTA. Salgan, salgan...; yo apago. *(Mutis foro, Juan y Manuel.)* ¡Ay, mi Señor, mi Dios! *(Marta apaga la luz y desaparece también por el foro, cerrando tras sí. Penumbra en la escena, que queda sola unos instantes. Bocina de automóvil, lejos. Telón rápido.)*

ACTO SEGUNDO

Estudio de pintor, de Manuel. Puerta al foro, ochavada. Ventanal de cristales. Telas, estatuas, lienzos, bocetos. Un caballete, en el que pinta Manuel, de modo que el público no vea el lienzo. Dos laterales. Se ven, por el ventanal, los tejados cubiertos de nieve.

ESCENA I

Juanito se pasea, dando señales de frío, y *Manuel*, pinta.

JUAN. Pues me preguntaron mucho por ti. Yo les dije que ya no trasnochabas, y Araoz opinó que eso es vejez, que cuando un artista empieza a levantarse temprano, es que el cerebro va perdiendo vigor.

MAN. ¡Psch! Puede ser, puede que, en efecto, esté viejo; por dentro, sobre todo.

JUAN. Entonces yo voy a echar los dientes otra vez. ¡Detesto el sol!... No lo pongo sino en los lienzos, y lo pinto con luz artificial. Eran las siete de la mañana cuando salí de casa de Araoz.

MAN. ¿Quiénes estaban?

JUAN. Los de siempre y tres personajes más: un pintor nuevo; un chico canario, no sé cómo se llama. Allí había un cuadro de él, primoroso, por cierto: una cosa extraña, unas mujeres pálidas, alargadas, con colas de pez; muchas joyas, unas nubes de colores. Literatura volcada en un lienzo... ¡Oscar Wilde y Lorrain, al óleo! Pero no se parece a nadie. Está bien ese muchacho. Estaban también "La Paloma azul", aquella bailarina de los pies desnudos que a mí me da tanto asco, y Curro el perchelero, el fenómeno...

MAN. ¡Ya! Las dos últimas invenciones del Ateneo; el último alarido de los intelectuales.

JUAN. Nos divertimos mucho; se habló de arte; se habló mal de todo el mundo, y Araoz dió una conferencia sobre la bohemia vergonzante. Di-

jo que el arte era una cocota, y que había que darla mucho dinero, mucho dinero, y sedas y lujos. ¿Qué te parece?

MAN. Al arte hay que darle amor, Juanito; voluntad, entusiasmo.

JUAN. Sí; todo lo que tú no le das; te olvidaste de él por una mujer, y ni de la mujer supiste apoderarte.

MAN. ¿Ya empiezas con lo de todos los días?

JUAN. Te veo tan triste...

MAN. ¡Qué quieres! ¡No se me pasa la nostalgia de ella! Desde que se fué María Caridad, no vivo. *(Pausa.)*

JUAN. ¿Tienes un pitillo?

MAN. Toma: te has fumado la cajetilla. ¿No decías que te habías quitado el vicio?

JUAN. Sí; el vicio de comprar. Así, de gorra, se fuma menos. Además, no hay de qué... Como hace tres días que no voy por casa...

MAN. ¿Has reñido con Trini?

JUAN. No; por no reñir no he ido. Trini se ha puesto imposible, chico. No hace más que decir que soy un tumbón; que los chicos no tienen que comer; que su costura no le produce bastante. ¡Qué sé yo! Se ha vuelto una mujer prosaica... ¡tan guapa como era cuando la conocí, y tan espiritual, con sus décimos y sus nardos!... ¡Vendiendo fortuna y aroma!

MAN. ¡Bueno, bueno, calla, no me dejas trabajar con tanta charla!

JUAN. ¡Ah, sí! Está bien, chico, me callaré: te distraigo hablando. No sabía que pintabas de oído: me callaré; ya estoy callado: ya lo ves.

MAN. Y estás muy bien, pero sigue.

JUAN. ¿Cómo?

MAN. Que sigas callado.

JUAN. ¡Ah, bueno, bueno! Tú avisarás, ¿eh?

MAN. ¡Síííí!

ESCENA II

Dichos, Matilde y *Monsieur Raimond,* lateral derecha. Vienen discutiendo.

MONS. Se sa, se sa, madam. Está muy bien. Resta entendido. *(Pausa.)*

MATIL. Bueno, usted dirá cuánto me va a costar, y si necesita...

MONS. ¡Oh, no hay apugo; cuando la señoga sea comod; cuando la señoga quiega!

MATIL. Gracias; yo saldré más tarde y compraré el crespón.

MONS. Si la señoga está gustosa, yo mismo lo puedo comprag...; son cinco metrós que se precisan...

MATIL. No; yo lo compraré; pero no me descuide el traje; mire que me hace falta.

MONS. ¡Oh, resté tranquil! Estagá pronto, ya lo creo; vamos a haceg una cosa tres chic, usté vegá, señoga, usté vegá. Ma parol, un vestido relevant... Le panier plisé están la nuvel creasión, le dernié cri.

JUAN. Oye: ¿no te distrae este loro francés?

MAN. ¡Oh, déjame en paz!

JUAN. Si pudieras pintar sus dernier cri, serías el pintor de moda. *(Entre ellos.)*

MATIL. ¿Le parece a usted?

MONS. ¡Oh, yo soy segugo, señoga; el genegó no importa rien, se la manufactur, la men dobrá... le haguemos uno lindo modelo liberti nuar o blé y los panier podrán ser de terciopeló sobre la falda de muselín plisé, bien plisé, chiquit, chiquit, como l'instrument de music, como l'acogdeón. Huí...

MATIL. Mire usted que la sobrefalda de terciopelo...

MONS. Podemos haceg también de gasa flexible e pesada... Avec plisé a cup de planchá...

MATIL. ¿Planchado el pliegue?

MONS. Me huí, se sa..., planchadó, cosidó a la cintuga, cayendo yusca la muatié de la falda... An-

tonces guesulta dublé, pegó no hueco. ¿Ye mesplic bien... nespá? Y le corsay de gaso avec las mangás María Antuaniet, e incima un tual blancó, avec un encague ancien, de un tono muegto, un poco crudó? ¡Oh, usté vegá, algo mervellós, epatán la mod del avenir!... ¡Uh, la, la!

MATIL. Sí, sí, como usted quiera, pero que esté pronto.

MONS. ¡Oh, ma parol!... ¿Antonces la factura anterior?... ¿La señoga me paga ahoga?

MATIL. ¡Ah, bueno, sí, sí! Como usted había dicho...

MONS. La señoga comprende bien. Yo tiene que haceg gastós; yo...

MATIL. Sí, sí... ¡Manuel!

MAN. ¿Qué quieres?

JUAN. ¡Qué pregunta! ¡Dinero!

MATIL. Esta cuenta.

MAN. ¡Dos mil doscientas cincuenta pesetas!

MATIL. Son dos trajes preciosos; yo creo que...

MAN. No, si no te digo nada; pero ahora no tengo...; que vuelva mañana. ¡Esto es una ruina!

JUAN. ¡Es moralidad, honestidad, decencia! Tiene que cubrirse las carnes, ¡pobrecita! ¡No se va a poner una hoja de parra!

MONS. ¡Bian, bian!... Antonces rest antandú. ¿Dice la señoga que puedo volveg mañana por la cuenta?

MAN. Sí, señor; mañana.

MATIL. Deja, hombre; ya le contesto yo.

MONS. ¡Oh, no impogta, no señog! Resté tranquil..., yo voy a haceg un tur de fors... Adiós, hasta mañana. ¿Nespá? ¡Oh, pardón! La señoga no digo por fin cómo quería los panier... ¿Prefiere un plisé chiquit, como l'acogdeón? ¿Nespá?

MATIL. Sí; de gasa.

MONS. Bian, bian: quedará un traque precioso..., mitad capricho, mitad disgüitiem, avec de fler des aplicación... Yo quiegue que usté queda contenta... Adiós, antonces; hasta mañana. ¿A qué hoga puedo venig?

MAN. A las tres de la tarde.

MONS. ¡Oh, mersí; pero no impogta nada! Yo hace crédit a la señoga, e al señog también. Yo tiene confiansa. Hasta mañana, antonces, rest antandú... Adiós, caballego... Adiós, madam... *(A ella, que quiere acompañarlo.)* ¡Oh, no, no... resté comod..., yo sabe la salida..., yo conose la puegta!... Hasta mañana a las tres. ¡Adiós!... Me compliman. Hasta mañana. *(Mutis foro.)*

MAN. ¡Uf, gracias a Dios! Mira: me haces el favor de no hacer más cuentas; paga al contado. Cuando quieras algo, me pides y se acabó.

MATIL. Después de todo, es lo mismo; siempre eres tú quien ha de aflojar la mosca.

MAN. ¡Bueno! Y me haces el favor de terminar las conversaciones en tu habitación.

MATIL. Si no tuvieras el estudio en el paso a la puerta, no ocurriría esto.

MAN. ¡No sé por qué has de salir hablando! Me habéis dado toda una conferencia de moda femenina.

MATIL. ¡Ay, hijo, Jesús! ¡No le iba a tapar la boca al buen señor! ¡Cómo estás hoy! ¡Qué barbaridad! ¡Ni que hubiera enfermo en la casa!

MAN. ¡Sí que hay enfermo: yo!

MATIL. ¡Bueno, pues que te mejores! ¡No faltaba más! *(Mutis, lateral derecha.)*

ESCENA III

Manuel y Juanito.

MAN. ¿Lo ves? ¡Esto de tener el estudio en la misma casa donde uno vive, es imposible!

JUAN. ¡Lo que es imposible es tu manera de ser! ¡Ya Matilde también te aburre, te molesta! ¡No puedes olvidar a la criollita!

MAN. ¡María Caridad de mi alma! ¡Ese, ése era cariño! ¡Desde que se fué no vivo! ¡Qué será de ella!

JUAN. Pues a estas fechas, en Buenos Aires con su marido.

MAN. A las postales de Enrique no quise contestar.

JUAN. Hiciste mal.

MAN. Hice lo que debía; yo no sé mentir.

JUAN. Y te has quedado sin noticias.

MAN. Y sin vida. Soy una pobre cosa, Juanito; un pobre cuerpo lleno de nervios y de tristeza. Es en vano buscar el olvido en otras mujeres. El cariño de María me nació en el corazón como una planta y ha echado raíces por todo mi cuerpo. Me tortura; me enferma. Quiero huír su recuerdo y la llevo dentro de mí: quisiera morirme y no puedo. *(Deja de pintar.)*

JUAN. Y así has tenido media docena de amoríos en lo que va de año. Esta, Matilde, es el séptimo pecado mortal y tampoco la quieres. ¡Niégalo!

MAN. No, no lo niego.

JUAN. Y entonces, si no puedes querer a ninguna, ¿por qué no vives solo?

MAN. ¿Y tú, por qué no dejas a Trini?

JUAN. ¡Hombre, hombre! Yo llevo quince años y tengo gente y la pelota en el tejado... Pero tú...

MAN. Yo necesito distraerme, jugar al amor. Pero son variaciones sobre el mismo tema: el único: ¡ella!

JUAN. ¡Y ella también te hubiera aburrido!

MAN. ¡Ella, no!

JUAN. Ella, sí, como todas. Y eso es lo que yo quería. Sí, sí, no me mires con esos ojos de asombro; que te aburrieras; que muriera ese amor, de lo único que puede morir el amor, de indigestión, que de hambre no se muere nunca, chico.

MAN. ¡Qué prosaico eres, Juan!

JUAN. ¡Y tú, qué poético y qué cursi! ¡Cursi, sí, señor! No, no te vayas a creer que hubierais sido una excepción. El amor también pasa. ¡Si las momias de los amantes de Teruel pudieran hablar! ¡Lo que se estarán aburriendo juntas en la eternidad!

MAN. ¡Calla, Juanito, calla!

JUAN. Bueno, me callaré; pero que no se te olvide que todo es uno y lo mismo; desde Eva, que se la pegó a nuestro padre Adán con la serpiente, hasta nuestros días. El mundo no cambia. Esta pelota de tierra y de picardías se gobierna por la rutina, y de rutinaria que es, se entretiene en darle vueltas al sol como una tonta un año sí y otro también.

MAN. Se ve que has estado de juerga anoche.

JUAN. ¿Por qué?

MAN. Por lo trasnochado de tu filosofía. Vaya, cállate ya. Mira mi cuadro, será mejor. ¿Qué te parece?

JUAN. ¿Tu cuadro? ¡Bien, chico: el oficio lo sabes; pero no puedes pintar de memoria!

MAN. ¡Cómo! ¿No es la Montálvez?

JUAN. ¡Ca! Es la otra.

MAN. ¡La otra!

JUAN. ¡Sí, la criollita! Eres su esclavo, ¡te tiene preso! Los ojos negros; la sonrisa; hasta este lunar... ¡Es ella! ¡No te la puedes borrar del corazón!

MAN. ¡Es verdad, Juanito, no puedo!

ESCENA IV

Dichos y *Antonio,* foro, con el sombrero puesto.

ANT. ¡Salud, Ticianos!

JUAN. ¡Hola, Shakespeare!

MAN. ¿Cómo estás, Antonio?

ANT. Aquí, viviendo la vida.

JUAN. ¡Viviendo la vida! ¡Caray! Eres un exquisito, chico; pero siéntate.

ANT. No; vengo de prisa; y además, yo soy un señor inquieto, nervioso, ¿sabes? Pero ¿qué es esto? ¿Seguimos taciturnos?

JUAN. No; ¿por qué?

ANT. Antes, este atelier, era una juerga; dos o tres modelos... Vendedoras de amor... Ahora...

MAN. Ahora se trabaja más seriamente.
JUAN. Sí, sí; sin modelo y sin ganas.
ANT. ¿Otro retrato?
MAN. Sí; la Montálvez, la tiple; la estoy haciendo de memoria. ¿Te gusta?
ANT. ¡Ya lo creo! Es una sinfonía de rojos y de oros... Pero es la misma mujer de siempre, chico.
JUAN. ¡Ahí, ahí es donde duele!
MAN. ¡Es que...!
ANT. Ya sé lo que me vas a decir; que por los lienzos de Rubens pasó siempre la misma mujer rubia; pero en él fué una cosa corriente; en ti es sin querer. No hay más que mirar este estudio; cabezas, bocetos, retratos a medio hacer; todos de distinta persona y todos parecen la misma. Tú estás enamorado, Manolo. Se diría que tienes una obsesión femenina... ¡malo, chico, muy malo! La mujer es nuestra ruina... Ya sabes lo que dijo Nietzsche: "Cuando vayas con mujeres, no olvides el látigo."
JUAN. Y cuando vayas con literatos procúrate una escopeta de dos cañones. Esto no lo ha dicho ese filósofo con nombre de estornudo, pero lo digo yo.
MAN. Anda con él; ya está en pie de guerra.
ANT. ¡Yo no sé por qué odias a los literatos!
JUAN. ¿No sabes por qué? Porque ya no os contentáis en escribir en laberíntico vuestras paparruchas, sino que os metéis en el arte de los demás. Cuando os ocupáis de música, habláis del diseño y del colorido; cuando os ocupáis de pintura, habláis de medios tonos y de sinfonías. ¡Cualquiera os entiende!
ANT. ¡Ya apareció tu materialismo grosero!
JUAN. No, no; es que nos volveréis locos; ¡palabra de honor! Antes bastaba con pintar un melón que pareciese un melón, y un asno que le faltase rebuznar de propio. Ahora... ahora, según vosotros, hay que pintar un asno simbólico, representativo, que dé la sensación de toda una ra-

za, y hay que pintar un melón que parezca una cabeza, y además que piense. ¡Y eso es lo que me parece imposible!

ANT. ¡Bueno, bueno, calla!

MAN. Pero a ti te trae algo, una novedad, de seguro.

ANT. Has acertado, chico; una novedad. Estreno en Romea el sábado.

JUAN. ¿Aquella comedia?

ANT. Sí, es decir, no; reformada. Aquélla le pareció demasiado seria al empresario. Me dijo que estaba muy bien, que era una gran obra, pero que él tenía una compañía cómica. ¡Que eso no era despreciarme! ¡Que yo le llevaba con mi original un magnífico sombrero de copa, y que lo que él necesitaba era un acordeón! Me habló en comerciante. Me propuso una reforma y la hice. Que en vez de ser padre e hijo los protagonistas, fuesen primos, es decir, primo y prima, convirtiendo al característico en dama joven; que redujese tercero y cuarto acto a uno solo, y que el primero pasase a ser segundo y el segundo primero. Lo hice, cambié el título y dije que es un arreglo de un escritor francés: ¡Molillac!

MAN. ¡Molillac! ¿Un autor nuevo?

ANT. No; un camelo que yo inventé para colar la obra, y la he colado.

JUAN. ¡Choca, chico; tú llegarás!

ANT. Y como hoy probamos el decorado y hay un claro de luna en el tercer acto, quería que me acompañaseis al teatro. Vuestra opinión me interesa. ¿Qué, vendréis?

MAN. ¿Cuándo?

ANT. Ahora mismo.

JUAN. Yo no puedo, chico.

ANT. ¿Y tú?

MAN. Yo sí; necesito salir, distraerme; en seguida voy contigo. *(Hace mutis a cambiarse de americana.)*

ANT. Y tú, ¿por qué no puedes?

JUAN. Yo no voy al centro; no quiero encontrar a mi

mujer. Hace tres días que no aparezco por casa, por evitar una bronca.

ANT. ¡Hombre, precisamente he visto a la Trini con el chiquillo en brazos atisbando la Maison Doré y el Lion!

JUAN. ¿Lo ves? Me busca. De aquí no me meneo.

ANT. Cuanto más tardes va a ser peor.

JUAN. Sí, pero cualquiera se decide a afrontar a Trini. ¡Es un verdugo!

MAN. Cuando quieras. *(Saliendo.)*

ANT. Vamos.

JUAN. Oye, Manuel, con tu permiso.

ANT. ¡Sí, hombre, no faltaba más!

MAN. ¿Qué quieres? *(Aparte a él.)*

JUAN. Oye, por si me decido a ir a casa antes de que vuelvas, quisiera llevar algo... ¿Comprendes? Un piquillo.

MAN. ¿Cuánto?

JUAN. Pues unos treinta duretes.

MAN. ¡Juanito! ¡Con la cuentecita del modisto! Pero ¿no has oído?

JUAN. Es que...

MAN. No puedo, chico, si quieres cinco duros...

JUAN. Contaba con la rebaja. Pero hombre... Vengan diez, anda.

MAN. Toma: cinco... *(Le da cinco duros y la mano.)* y cinco, diez. Vamos, Antonio.

JUAN. Pero oye...

ANT. Adiós, Juan.

JUAN. Adiós, chico, y que no te griten mucho, ¿eh?

ANT. ¡Psch! Si me gritaran, pues traslado a Francia el pateo y que se lo aplique mi querido Molillac.

JUAN. ¡Molillac! ¡Pero si no existe!

ANT. ¡Bah! Nos mandan tantos positivos camelos traspirenaicos, que bien puedo devolverles la generosa merced de un infundio imaginario. Nada, nada. Si hay pesetas, para mí; si hay patadas, a París. Y después de todo, como decía Schopenhauer, que era un guasón muy

grande, "¡que haya un camelo más, qué importa al mundo!"

MAN. Vamos, vamos.

ANT. Adiós. *(Mutis foro, Manuel y Antonio.)*

ESCENA V

Juanito, a poco *Marta* (la criada) foro.

JUAN. ¡Bueno, bueno, bueno! ¡En fin, menos da una piedra! *(Canturreando.)* ¡A mí me gusta la gaita, viva la gaita!

MARTA. Quedóse solito, mi señor don Juan.

JUAN. ¡Hola! Sí; Manuel ha ido al teatro con un amigote.

MARTA. Vílos salir y aproveché para hablar con el señor don Juan. ¿Cómo encuentra al señorito Manuel?

JUAN. Igual. Me parece que no tiene remedio.

MARTA. ¡Me valga Dios! Cada mes, como quien dice, cambia de compañera. Muérome de vergüenza, don Juan. Aunque la mala suerte trajérame a estos menesteres del servicio, yo fuí una mujer buena y educada y decente, sí, señor. Si mi señorita no hubiérame recomendado que cuidara de don Manuel, tiempo ha que yo no estaría aquí. Pero ¿qué he de hacerle! Soy una triste criada y acepto las cosas según me mandan. Al que sabe obedecer y callarse, en todas partes le va bien. ¡Me valga Dios! Si mi señorita se figurase...

JUAN. Lo debe sospechar. Oiga, Marta; tengo un hambre colosal; no he comido nada hoy. Si pudiera prepararme algo.

MARTA. Sí, señor; puédole hacer lo que guste.

JUAN. Un par de huevos y un café.

MARTA. De todo eso hay en casa, sí, señor.

JUAN. Pues oiga; sin que se entere la señora. Ya sabe usted cómo es...

MARTA. Descuide el señor. No es menester que sepa aquella condenada... ¡Dios me perdone! y ade-

más, está emperifollándose en su tocador, y cuando está emperifollándose, olvídasele todo.

JUAN. Muy bien. Entonces me emperifollaré yo también el estómago.

MARTA. Venga al comedor, sírvole en seguida.

JUAN. Vamos.

MARTA. Vaya delante el señor. *(Mutis Juanito.)*

ESCENA VI

Marta, y *Matilde* por donde se fué; luego, *Julián.*

MATIL. ¿Con quién daba usted esas voces, Marta?

MARTA. ¿Yo? Júrole que yo no fuí. Acaso el señorito Manuel; ahora mismo vino aquel su amigo que escribe en los papeles, hablaron, acaloráronse según acostumbran y luego marcháronse juntos. La señora no pudo oír mi voz, yo...

MATIL. Bueno, bueno; no he preguntado tanto. Siempre habla usted de más.

MARTA. ¡Cállome ya, señora!

MATIL. ¿Qué hora es?

MARTA. Dieron las cinco y media ya, señora. *(Timbre dentro.)* Con permiso de la señora, voy a ver quién es. *(Mutis.)*

MATIL. Debe de ser Margot. *(Pausa.)* ¡Oh, amigo Fonreal! ¿Cómo está usted?

JULIAN. "Bon jour, ma petite". ¿No está el pintor ilustre ni el "cher maître"?

MATIL. Viene usted con poca suerte: no hay nadie. Marta, llame por teléfono que me manden el coche.

MARTA. Sí, señora.

JULIAN. ¿Es que me despides, o nos vamos juntos, "ma jolie"?

MATIL. ¡Es que eres un imprudente, Julián! ¿Por qué has venido?

JULIAN. ¡Oh, cuando te enfadas te pones encantadora, "charmante"!

MATIL. ¡Déjate de tonterías! Has hecho muy mal en venir.

JULIAN. Hace seis días no te dejas ver, mi "poupé". Estaba desesperado.

MATIL. ¡Pues has hecho muy mal en venir tú! ¿Crees que la gente es tonta? Tu asiduidad da qué pensar. Esa gallega lo adivina todo, y ese dichoso Juanito, ese sinvergüenza, que entra aquí como Pedro por su casa... Si viniera ahora...

JULIAN. Doy un pretexto cualquiera. Yo necesitaba verte, hablarte, me "charme de toi Maud", mi pequeña "Maud"... ¿Por qué no fuiste el miércoles al cine?

MATIL. No puedo, tengo que hacer; no siempre encuentro pretexto.

JULIAN. Porque no me quieres. Te burlas de mí.

MATIL. Si no me burlo, tonto.

JULIAN. Pero ¿vendrás al cine hoy?

MATIL. Hoy, no; mañana. Hoy voy a la Castellana, dentro de una hora, al paseo de coches. Estaré con Margot. Puedes acercarte.

ESCENA VII

Dichos y *Juanito* por donde se fué.

JUAN. ¡Hola, ilustre afrancesado!

JULIAN. ¡Oh, la, la, "cher maître"!

MATIL. Pero ¿estaba usted aquí?

JUAN. Sí.

MATIL. Creí que se había usted marchado con Manuel. Si no, le hubiera llamado para que hiciese compañía al señor Fonreal.

JUAN. ¡Caramba, caramba! ¡Cuánto va a sentir Manuel no haberle encontrado!... Manuel le quiere a usted mucho y usted también quiere mucho a Manuel.

MATIL. ¿Pero qué tonterias está usted diciendo?

JUAN. ¡Como ustedes no hablan!...

JULIAN. ¿Usted se levanta de dormir, "cher maître"?

JUAN. ¡Sí, eso es! ¡De soñar, y no despierto! Es un sueño verle a usted... aquí. ¿Usted viene por algún cuadrito, por algún "petit tabló", como

usted dice? La señora le dará a usted lo que quiera... No importa que Manuel no esté.

JULIAN. No me explico ese tono irónico.

MATIL. *(A Julián.)* (Prudencia, por Dios; no te des por entendido.)

JUAN. ¡Irónico! ¡Oh, nada de eso! Es la manera de oír que tiene usted.

JULIAN. Usted siempre está de broma, "cher maître"; pero yo no puedo detenerme. Le dirá usted a Manuel cuánto he sentido no encontrarle... y que volveré. A los pies de usted, Matilde. "¡Cher maître!" *(Mutis foro.)*

JUAN. ¡Querido!

MATIL. ¿Sabe usted una cosa, señor Zabala?

JUAN. ¿Qué cosa?

MATIL. Que ha estado usted molesto, agresivo, con el señor Fonreal.

JUAN. ¿De veras?

MATIL. Y sin razón, y además con ciertas ironías y ciertas alusiones, que no quiero adivinar, porque no podría tolerarlas. ¡No sé qué derecho tiene usted para indisponernos con nuestras relaciones!

JUAN. ¡Yo! ¡Bueno, bueno, bueno!

MATIL. Sí, señor; ha estado usted muy inconveniente.

JUAN. Por haber aparecido, ¿eh?

MATIL. ¡Y sigue usted! Se lo diré a Manuel en cuanto venga.

JUAN. ¿A Manuel? *(Canturreando.)*

"Por este puñao de cruces,
te juro que no te creo."

MATIL. ¿Qué murmura usted aún?

JUAN. Ya sabe usted que además de pintor soy muy filarmónico.

MATIL. Y muy...

JUAN. Qué, señora... ¡Dígalo!

MATIL. ¡Oh, déjeme usted en paz!

ESCENA VIII

Dichos y *Marta,* foro.

MARTA. Señorita, el coche.

MATIL. Si viene Manuel, le dice usted que he ido a casa de Margot... No, no le diga usted nada; voy a comprar el crespón; vuelvo pronto. ¡Adiós! *(Mutis foro.)*

JUAN. ¡Adiós!

ESCENA IX

Marta y Juanito.

MARTA. ¡Qué le parece a usted! El uno viene; la otra se va... ¡Desvergonzados, más que desvergonzados!

JUAN. ¡Hum! Este señor Fonreal viene por algo, y se lo va a encontrar el día menos pensado.

MARTA. ¡No lo quiera Dios! Mi señorito es algo violento.

JUAN. El se tiene la culpa, por no vivir solo.

MARTA. ¡Es tan joven! ¡Pobriño! Son cosas de la mocedad, don Juanito... Pero él sólo quiere a la señorita María.

JUAN. ¿Y usted, cómo sabe?...

MARTA. Adivinélo antes. Luego, cuando la señorita María partióse, me confió sus cuitas... Ahora a don Manuel muchas veces encontréle llorando, con un retrato de mi señora. ¡Fuerte amor el suyo, que ni tiempos ni lejanías pueden con él! ¡Todo se lo tiene merecido aquella paloma blanca! ¡Ay, si le viera hoy! ¡Si supiera lo desatendidos que tiene sus menesteres mi señor!... ¡Y lo que se gasta! ¡Me valga Dios! ¡Está loco, loco! ¡Bien se le alcanza al menos avizorado que es mal de amores su padecimiento! ¿Llamaron?

JUAN. Si fuera mi mujer, que no estoy, ¿eh? *(Vuelve a sonar el timbre.)*

MARTA. No, no; llamaron otra vez. Es él... Don Manuel. Téngase de la lengua, don Juan, por Dios. No le diga que estuvo el otro. *(Mutis foro.)*

JUAN. ¿Yo? Como una tumba.

ESCENA X

Juanito y *Manuel,* foro.

JUAN. Y qué tal, ¿viste las decoraciones?

MAN. Hay una cosa muy mona, que no se la merece la obra, por cierto.

JUAN. ¿Viste algo del ensayo?

MAN. Sí, unas escenas.

JUAN. ¿Y qué?

MAN. ¡Psch! ¡Una comedia más! Los eternos tipos que nos atosigan en la vida llevados a la escena. La realidad, que tanto divierte a las gentes y que no interesa a los verdaderos artistas.

MARTA. *(Dentro.)* Dígole que no está.

TRINI. *(Dentro.)* Que sí está, mujer, no lo niegue usté.

MARTA. ¡Pero, señora!

TRINI. Vamos, mujer, a mí...

JUAN. ¿Pero qué es eso? ¡María Santísima! ¡Mi mujer!

ESCENA XI

Dichos, Marta y *Trini.*

TRINI. ¿Lo ve usté, mujer? ¡Pa que me la diera a mí una gallega! Conque no estabas, ¿eh? ¡Grandísimo sinvergüenza! *(Marta hace mutis foro.)*

JUAN. Mira, mujer, no alborotes, no alborotes. Saluda primero.

TRINI. No, si como urbanidaz, ties mucha urbanidaz, cuando no estás en tu casa. Buas tardes. ¿Sigue usté bueno?

MAN. Bueno, gracias.

TRINI. M'alegro. Usté disimule si he venío; pero es

que ya no sé ande encontrar a este tío granuja. ¡Mal padre!

JUAN. Mujer, suprime los epítetos.

TRINI. Las narices son las que te voy a suprimir. ¡Le parece a usté el tío éste! Tres días que no le veo el pelo, que nos tié abandonaos a tos, a mí y a los cuatro chicos, y sin un cuarto, lo que se dice sin uno; que no hay en casa más perras que las que coge éste, que es talmente una murga. *(Por el rorro que lleva en brazos.)*

MAN. Cálmese usted, mujer.

TRINI. No me diga usté na, don Manuel, que estoy más achicharrá que una sartén. ¿Usté cree que así se pué vivir? ¡Vamos!

JUAN. ¿Y tú crees que se puede vivir con una mujer como tú? Yo tengo que hacer: mi oficio, mis relaciones...

TRINI. ¡Tus relaciones! ¡Cállate ya, porque te esnuco, mal hombre! ¡Dita sea la!

JUAN. ¿Pero tú ves?

MAN. Señora, por favor...

TRINI. ¡Valientes relaciones! Como que no te ha visto anoche el hijo de la Venancia de bracero con una señora que lo enseñaba too este verano en el Magic-Park... ¡Gorrino, más que gorrino! Y yo en la higuera y tus hijos sin comer.

MAN. ¡Hombre, también tú, Juan!

JUAN. ¡Oh, que trabaje! Hoy es sábado; hoy ha podido ir a entregar.

TRINI. ¡A entregar, sí, sí! La cochina existencia es lo que voy a entregar, con lo sacrificá que me tienes. ¡Y tú no muerdas, ladrón! ¡Así está éste también, que lo que mama es veneno la criatura! ¡Amos, que si no mirara... te daba así con él!

MAN. ¡Señora!

JUAN. ¡Pero, Trini! ¡Esto no es mujer! ¡Esto es una fiera!

TRINI. Una fiera pa el trabajo es lo que soy, y no como tú.

JUAN. Haces bien; para tus hijos.

TRINI. ¡Mis hijos! Y tuyos, no, claro; como que me los han traído de París. ¡Anda éste, ahora!

JUAN. De París, no, mujer.

MAN. Bueno, mujer, calma. Juanito irá a su casa.

TRINI. No, si no quiero que venga; ¿pa qué? Si lo que quiero es que me dé pa un mal bacalao con patatas... que desde ayer a las ocho... ¡ni esto! Así están los pequeños de escuchimizaos los pobrecitos, que como no los dedique a fenómenos del toreo, según se van encanijando... no sé.

JUAN. ¡Pero mujer!

TRINI. ¡Si no quio que vengas, ladrón! ¡Si sé que vas a venir pa solfearme!

MAN. No diga usted eso, mujer.

TRINI. ¿Que no? Como que no me ha visto usté el cuerpo, que tié más cardenales que el Papa.

JUAN. ¡No calumnies, mujer!

TRINI. ¡Bueno; ya hemos acabao! ¡A ver qué es lo que van a cenar los chicos hoy! ¡A ver, so granuja, so tío fresco! ¡A ver!

JUAN. ¡Mujer, que estás en casa ajena!

TRINI. ¡Igual da! Lo mismo aquí que en el palacio de la plaza de Oriente, ¡te voy a decir que eres un tío sinvergüenza!

MAN. ¡Señora, que van a creer los vecinos que la bronca es conmigo!

TRINI. ¡Pues que lo crean! ¡A ver!

JUAN. ¡Pero, Trini, escucha! ¡Pero Manuel!

TRINI. No tengo na que escuchar.

MAN. Ea, señora; yo no consiento que en mi casa haya escándalo.

TRINI. Pues peores cosas consiente usté.

JUAN. ¡Trini! ¡No le hagas caso, Manuel!

MAN. No, no; a ver, claro; ¿qué es lo que consiento yo?

TRINI. Claro, como el agua.

JUAN. Calla, mujer.

MAN. Déjala que hable.

JUAN. ¡Calla!

TRINI. ¡No me da la gana, ea!

MAN. Déjala que hable, te digo.
TRINI. Toma, toma, pues ya lo creo, usté consiente...
JUAN. ¡Trini!
MAN. ¡Quieto! ¡Que hable!
TRINI. Que su mujer de usté se vea con un señoritingo que habla francés y vaya y torne con él. Que toos lo han visto; ¡ea, ya lo sabe usté!
JUAN. ¡Mentira!
TRINI. Verdad, que ya lo sabe too el barrio.
JUAN. ¡Jesús! ¡Jesús!
TRINI. Que la portera, que no es ciega ni muda, que pa eso es la portera, lo ve entrar y salir.
JUAN. ¿Pero no callarás?
TRINI. Y que si usté es consentior o memo, a mí no me da la gana de serlo con mi hombre, y hemos acabao. ¡Hala, vámonos!
JUAN. ¿Pero tú sabes lo que has dicho?
TRINI. No haberme tirao de la lengua.
JUAN. ¿Pero es que entras a buscarme a mí y luego, sin venir a qué, infiernas una casa con esa mentira?, porque tú sabes que es mentira, mentira. ¡Mentira, Manuel!
MAN. No, no; si ha dicho bien. Si hasta lo agradezco. Yo era un memo. ¡Está bien!
JUAN. ¿Lo ves? ¿Lo ves? ¿Comprendes a lo que vas a dar lugar? Si es para morirse de rabia y de vergüenza.
TRINI. *(Compungida, con arrepentimiento.)* Mire usté, don Manuel; no es que yo lo haya inventao, ¿sabe usté?, pero vamos, como saberlo fijo, tampoco lo sé.
MAN. No.
TRINI. La gente habla mucho, y ya sabe usté cómo son.
MAN. No, no.
TRINI. Y yo, pues claro, enfadá en un pronto, vamos, que...
MAN. No, no, no.
JUAN. ¿Qué has hecho, mujer, qué has hecho? Va a haber aquí un drama por tu culpa.
TRINI. *(Llorando.)* ¡Ay, cállate tú también, caray; que

le pones a una el corazón en un puño! Don Manuel, verá usté, yo...

MAN. ¡No, no, si es inútil; si no pasará nada; si no estoy enfadado! Pero quiero estar solo; necesito estar solo.

TRINI. Es que yo no quería haberle dao a usté este disgusto.

MAN. No, mujer, si lo agradezco.

TRINI. Porque, vamos, yo no soy mala, y después de lo que usted ha sido para Juan y para mis hijos..., ¡vamos, que quisiá morirme cien veces!... ¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió venir! ¡Así m'hubiá partío un auto!

MAN. Anda, mujer, anda y no lo sientas, anda; ha hecho usted bien. Anda, acompáñala.

JUAN. Pero...

MAN. Anda, basta ya, por favor.

JUAN. ¡Vamos, vamos, loca! ¡Ah, mujeres, mujeres!

TRINI. ¡Dita sea mi corazón! *(Mutis Trini y Juanito, foro.)*

ESCENA XII

Manuel y luego *Marta.*

MAN. ¡Marta! ¡Marta!

MARTA. ¡Señorito!

MAN. Contéstame la verdad, ¿eh? Toda la verdad. ¿Viene con mucha frecuencia cuando yo no estoy el señor don Julián Fonreal?

MARTA. ¡Señorito!

MAN. ¡Habla, dí la verdad, contesta!

MARTA. ¡Señorito!

MAN. Está bien; no contestes más. Ya contestó tu silencio; ya sé... Y hará mucho tiempo que se me pone en ridículo, claro. ¿Por qué no me has dicho nada? ¡Por qué callaste, quiero yo saber!

MARTA. Por mi patrón Santiago, júrole que soy bien intencionada. Temí darle un disgusto, señorito.

MAN. ¡Mal hecho! El disgusto me lo das ahora.

MARTA. Señorito, conformidad.
MAN. No, no; si no es en el corazón la herida. Si yo no la quiero, tú lo sabes. Si fué por olvidar a la otra. ¡A tu señorita! ¡Pero es mi orgullo, mi amor propio lo que se rebela! Es la bribonada que yo no merecía lo que me indigna. ¡Canallas! *(Timbre dentro.)* ¡Ella es! ¡Abrele!
MARTA. ¡Señorito, templanza, prudencia!
MAN. Abrele, te digo.

ESCENA XIII

Manuel y *Matilde* y al fin *Marta*.

MAN. Llegas a tiempo.
MATIL. Vengo de comprar el crespón.
MAN. No, si te digo que llegas a tiempo para salir por donde acabas de entrar y no volver nunca.
MATIL. Pero ¿qué te ocurre? ¿Estás loco?
MAN. Estuve idiota y ciego y no quiero estarlo más.
MATIL. ¡Pero Manuel!...
MAN. ¡No quiero explicaciones ni lágrimas; lo sé todo!
MATIL. Pero ¿qué es todo? ¿A qué te refieres?
MAN. A tus relaciones con el señor Fonreal. Conque...
MATIL. ¡Pero, Manuel, por Dios, eso es una infamia!
MAN. ¡Sí, esa es la palabra! ¡Una infamia tuya!
MATIL. Manuel, yo te juro...
MAN. Juras y mientes; conozco el procedimiento; y sobre todo, hazme el favor de creer que no son celos; yo no tengo celos; yo no te quise nunca.
MATIL. Manuel, yo te suplico...
MAN. Es inútil, mujer. ¿No lo ves que es inútil? ¡Márchate!
MATIL. ¿Cómo?
MAN. ¡Que te marches! Yo creo que hablo claro. A ti no puedo decirte otra cosa. A él... ya le buscaré para que no vaya a tomar por miedo lo que sólo es repugnancia.
MATIL. Pero Manuel de mi alma, yo...

MAN. No, no, no finjas; no es el caso. Yo no te reprocho; te digo que hemos terminado.

MATIL. ¡Manuel, por Dios!

MAN. Sí, eras un pasatiempo; pero un pasatiempo caro. Trajes, coches, joyas... ¡Cuanto quisiste! Lo que yo no ganaba; lo que yo no podía dar, ¿entiendes? Y no por amor, sino por esplendidez. ¿Que en el vaso donde yo bebía ha puesto sus labios un intruso? ¡Pues arrojo el vaso por la ventana! A ti te despido por la puerta..., no te puedes quejar. Conque, ¡hala!, sal. Mañana te mandaré yo tus cosas. Pero ahora, sal; ¿no me oyes? ¡Marta! ¡Marta! *(Sale Marta.)* Acompaña a la... señora.

MATIL. Yo no necesito que nadie me acompañe.

MAN. Así: ahora estás en tu papel.

MATIL. ¡Quede usted con Dios! *(Mutis foro.)*

MAN. ¡Bravo! Así, como quien dice: ¡Paso a la reina! Mañana preparas todo lo de ésa y se lo llevas donde ella diga; pero aquí ni un pie, ni un segundo, sin pretexto que valga. Vé, que llaman: si es ella, nada. *(Mutis Marta, foro.)*

ESCENA XIV

Manuel y Juanito.

JUAN. Pero, Manuel, ¿qué es esto? La he encontrado en la escalera llorando... No es que me sea simpática; pero así, sin pruebas... Mi mujer misma me envía a decirte...

MAN. Mira, no insistas. Con pruebas o no, me alegro. ¡No la quería! ¡Ni a ella ni a nadie! ¡Si fué por olvidar a María, a mi María! Ahora me siento libre, limpio. ¡Solo ya con su recuerdo adorado!

ESCENA XV

Dichos y *Marta,* foro.

MAN. ¿Qué hay ahora?
MARTA. Esos dos señores que vinieron esta mañana.
MAN. ¡Ah, sí! ¡Que pasen! ¡Todo se junta!
JUAN. ¿Qué hay? ¿Quiénes son?
MAN. Espera, ahora verás, espera.

ESCENA XVI

Manuel, Juanito y los *Individuos 1.° y 2.°*

INDI. 1.° ¿El señor don Manuel Martín Ríos?
MAN. No se molesten; ya sé a lo que vienen. La orden de embargo, ¿verdad?
IND. 1.° Sí, señor; traemos todo en regla.
MAN. Repito que no se molesten. Pueden inventariarlo todo.
IND. 2.° Le nombran a usted depositario legal.
MAN. No tengo interés en ello. Pasen ustedes. Aquí, gabinete y alcoba; aquí, comedor. Hay más habitaciones por ese pasillo. Pueden llevárselo todo; pasen.
IND. 1.° Usted, primero.
MAN. No; vayan ustedes solos. Pueden inventariarlo todo.
IND. 2.° Con el permiso de usted. *(Mutis los dos Individuos, lateral derecha.)*
JUAN. Pero, chico, yo no comprendo...
MAN. Nada, ya lo ves. El resultado de esta vida de disipación, de pereza, de dolor y de olvido. ¡Unas letras que se vencían! ¡Un sin fin de deudas!
JUAN. ¡Y yo te pedía dinero! ¡Soy un sinvergüenza, Manuel!
MAN. ¡Oh, calla! ¡Son miles, Juanito! Tú pedías unos duros.

ESCENA XVII

Juanito, Manuel y *Marta,* foro; a poco, *Individuos 1.º* y *2.º* por donde se fueron.

MARTA. Señorito... Un cablegrama.
MAN. Trae. ¡Otra desgracia! ¡Me lo dice el corazón! Es de Buenos Aires.
JUAN. ¡A ver!
MAN. Anoche falleció...
JUAN. ¿María Caridad?
MARTA. ¿Mi señorita? ¡Angel de Dios!
MAN. ¡No, no! ¡Vive María Caridad, vive! ¡Es él, Enrique, quien ha muerto! ¡Ella vuelve!... Me ahogo... ¡Toma!
JUAN. ¡Traiga agua, coñac...; vuele! ¡Calma, calma!... ¡Vuelve!
MAN. ¡Sí; es una felicidad enorme! ¡Un poco infame por él, por mi amigo muerto! Pero vuelve María Caridad, y soy feliz.
JUAN. Pues a tu felicidad. *(Bebiendo con la botella, canta:)*

"O vin discaccia la tristezza
che mi pesa sul cor..."

IND. 1.º *(Que habrá salido a tiempo de oírle, con unos papeles en la mano.)* ¡Estos bohemios, chico, son heroicos!
IND. 2.º ¡Es verdad! ¡Les embargan la casa, y están cantando!

TELÓN

ACTO TERCERO

Antes de levantarse el telón, se oye dentro una pieza de concierto. Salita en un hotel de San Sebastián. Mesita con servicio de te. Una butaca cómoda. Un teléfono en una mesita adosada a la pared. Es por la tarde.

ESCENA I

María Caridad, oyendo el piano que toca en otra habitación, y *Manuel,* en la butaca.

MAN. Anda, mujer; el te ya está frío.
MARIA. Calla..., sss..., no importa.
MAN. ¡Pero, María!...
MARIA. Deja, ya va a acabar. ¡Qué bonito es esto! *(Cesa la música.)* ¡Ay, qué lástima!
MAN. ¡Vaya, al fin!
MARIA. ¿No te gusta? Toca con gran ejecución, y con un entusiasmo y una fuerza... El piano bajo sus dedos suena como una orquesta.
MAN. Sí, toca bien...; pero ya aburre. Hace tres días que no deja de tocar.
MARIA. Se ensayará.
MAN. Los concertistas usan para ello un teclado mudo para hacer dedos. Así se ejercitan sin molestar a los vecinos.
MARIA. ¡Jesús, hijo, todo te aburre!
MAN. No, María; es que me gusta cada cosa a su tiempo. Y ahora sigue con tu narración; tú eres lo único que no me aburre.
MARIA. ¡Ay, si fuera verdad!
MAN. ¿No me crees?
MARIA. Sí; pero a veces...
MAN. Anda, mujer, anda; cuenta eso; soy todo oídos.
MARIA. Pues oye. Tú ya sabes dónde tenía la de Cipriani su hotel.

MAN. ¡Yo nunca he estado en Buenos Aires!

MARIA. ¡Ay, es verdad! ¡Qué cabeza la mía! Bueno, es igual. Junto a un paseo que se llama Palermo, una especie de Moncloa... No; ¿cómo te explicaría yo?... Algo así como el Bosque de Bolonia en París; pero con lagos y cisnes... El hotel está a la entrada del paseo... ¡Precioso; todo rodeado de jardines!... ¿Me escuchas?

MAN. Sí, María, sí; continúa.

MARIA. Fué una fiesta originalísima. La noche clara, clara... Una luna que parecía una perla inmensa... ¡Había un perfume de rosas!... Las flores perfuman más de noche, porque de noche despiertan... De día, bajo el descaro del sol, enmudecen, como si se avergonzaran de ser bellas. Qué tonta soy, ¿verdad? Créeme: fué un baile de trajes espléndido. ¡Unos disfraces más lujosos! ¿Te aburres?

MAN. No, María, no; te escucho. *(El piano hace un acorde lento.)* ¡Vaya, empieza de nuevo el concertista!

MARIA. Deja; su música viene de perlas a mi relato. La fiesta fué en el jardín. Las parejas, Marquesitas-Watteau, Duques-Pastores, Chambelanes y Abates, discurrían bajo las acacias; blanqueaban las estatuas desnudas entre el follaje; volaban risas y galanteos, y cantaba el agua saltarina de una oculta fontana. ¿Por qué te tapas la cara? ¿Te molesta la luz? ¿Quieres que baje las persianas?

MAN. No, no, deja; no te muevas. Es que me recojo en mí mismo. Te oigo mejor sin ver.

MARIA. Pues oye, oye. *(El piano toca dentro el nocturno número 2 de Chopin muy suavemente.)* Después de una pavana estilo antiguo, que bailamos todos, se organizó un torneo literario, una especie de juegos florales... Un abate madrigalista dijo unos versos .. Yo los sabía de memoria. ¿Cómo eran? ¡Ah, ya recuerdo! Eran así:

"Sal, que está la noche de plata,
y escucha mi serenata
sentimental.
Sal, que si sales, la luna,
celosa de mi fortuna
como vencido rival,
¡pobre luna!,
su rostro cubrirá de una
palidez triste y mortal.
Sal, no desdeñes mi amor;
por ti soy un trovador
medioeval,
que en esta noche de plata
te canta una serenata
sentimental.
Sal, mi vida,
que estoy cantando por ti;
sonríeme con la herida
de tus labios de rubí;
y en esta noche argentada
de poesía y de amor,
sonríe a tu trovador
y que triunfe el esplendor
de tu sonrisa perlada.
Sal, mi amada;
sal, mi vida,
que estoy llorando por ti;
abre la rosa encendida
de tus labios de rubí.
Sal, que en música doliente
largamente,
te diré mi pena ardiente,
y escucha mi triste canto,
que es un llanto
de pasión y de dolor:
por tu desdén sufro tanto,
y es tan profundo mi amor,
que lloro cuando te canto;
mira si es grande el quebranto
de tu pobre trovador.

Sal, escucha mi cantar,
oye las notas temblar
suspirando mis querellas,
tiemblan, como las estrellas
en el limpio firmamento;
que es tan doliente mi acento
que al oír mi serenata,
hasta los astros del cielo
quisieran darme consuelo
con sus lágrimas de plata.

(Cesa el piano.)

Y en tanto, mi corazón,
mi corazón que te adora,
asciende, con mi canción,
por la hiedra trepadora
que se enreda en tu balcón.
Recibe a mi corazón,
que yo subiré con él;
y tu boca de clavel,
con chasquido musical
de besos, amada mía,
ponga su dulce armonía
como un acorde triunfal...
sobre la melancolía
que en esta noche de plata
tuviera mi serenata
sentimental."

¿Te gusta? ¿No? Dí, Manuel, Manuel. ¡Oh! *(Viendo que Manuel se ha adormilado.)*

ESCENA II

Dichos y Marta.

MARTA. Señorita, ¿puédome llevar el servicio?
MARIA. Sí..., sí..., lléveselo...; pero muy quedo. El señorito se ha dormido.

MARTA. Pero ¿qué tiene usted, señorita? ¿Está usted llorando?

MARIA. Nada, nada; ya lo ves... ¡Se aburre junto a mí!...

MARTA. Pero no es para llorar. ¿Qué ha pasado?

MARIA. ¡Lo peor que podía pasar, Marta! ¡Lo inevitable! ¡El tiempo! *(Marta hace mutis, con el servicio de te. Manuel despierta.)*

MAN. ¡Eh! ¡Ay, perdona! ¡Me había quedado traspuesto! ¡Con este calor! Pero ¿qué te sucede? ¿Lloras? ¿Por qué?

MARIA. Por lo de siempre. Ya no puedes fingir: te aburro.

MAN. ¡No, María; qué idea!

MARIA. Sí, no lo niegues; tu compasión me da más pena aún; siento que soy una carga para ti; hago cuanto puedo por distraerte, por halagarte. ¡Inútil! ¡Ya no me quieres!

MAN. Pero, mujer, ven acá; ¡parece mentira que te pongas así por una tontería! ¡Es que hace tanto calor! ¡El almuerzo fué tan pesado!... Ese maldito piano, esa música... ¡Vamos, es ridículo que te pongas así!

MARIA. ¡Ay, pobre Manuel! ¡Acabas de llamarme ridícula! Quieres ser amable, te esfuerzas y no puedes.

MAN. *(Que ha oído tocar en la puerta.)* Aguarda, llaman. Adelante.

ESCENA III

Manuel, María Caridad y un *Criado* del hotel con una tarjeta en una bandeja.

CRIA. Este señor pregunta si pueden recibirle.

MAN. ¿A ver? *(Cogiendo la tarjeta.)* Ya he dicho abajo que estamos para todos. ¡Juanito! Que suba, que suba. ¡Juanito aquí, en San Sebastián! ¡Pobre viejo! ¡Hace cinco meses que no lo veo! Pero ¿cómo habrá sido venir? Y tú, ¿no me dices nada? ¿No te alegra verlo?

MARIA. Sí...
MAN. Pero ¿continúas enfadada?
MARIA. No; enfadada, no.
MAN. Vamos, vamos, desarruga el gesto, que no te encuentre así Juanito.
MARIA. ¿Cómo?
MAN. Así, con esa cara de llorar; no está bien; se pondrá más triste aún de lo que está. Acaba de quedarse viudo. Acaso viene porque no se acostumbra a estar solo...; debemos consolarle. Anda, nena, cálmate ya; serénate.
MARIA. Tienes razón. *(Inicia el mutis.)*
MAN. Pero ¿dónde vas?
MARIA. A arreglarme un poco. Debo tener una cara... Saldré en seguida. *(Hace mutis.)*

ESCENA IV

Manuel y *Juanito,* foro. Tocan en la puerta.

MAN. Adelante. *(Juanito, entrando. Pausa. Se abrazan con un abrazo largo y tiernísimo.)* ¡No te digo nada! Te escribí...
JUAN. Y perdona que no te contestara. Comprenderás... Te lo agradecí mucho. Fué un gran consuelo tu carta. ¡Estoy tan solo! *(Pausa.)*
MAN. Aquí me tienes; es decir, nos tienes... María te quiere mucho, y si fuera tu gusto vivir con nosotros...
JUAN. Gracias, Manuel. He venido por dos días a un negocito...; no puedo quedarme. He dejado a mis hijos en Madrid al cuidado de su tía, y no puedo...
MAN. ¿Están buenos tus hijos?
JUAN. Buenos, sí; pero no hablemos de ellos, por favor. *(Pausa.)*
MAN. ¿Un cigarrillo?
JUAN. Gracias, acabo de tirarlo. Quiero que me hables de ti; de tu nueva vida. ¿Cómo estás? ¿Alegre, por fin?
MAN. ¡Alegre! ¡Pchs! Tú sabes que los artistas so-

mos los eternos descontentadizos. Pero estoy bien. San Sebastián está precioso... Muchísima gente... Muchísimo lujo...

JUAN. Me contestas de un modo...

MAN. ¡Yo!

JUAN. ¡Sí; no sé qué cosa extraña advierto en ti! Tu última carta, aún estaba viva mi pobre Trini, era triste, desalentada. Tú no estás contento, Manuel; no me engañes; dime la verdad.

MAN. ¡La verdad! ¡Pues bien, sí; la verdad es la que tú has adivinado! ¡Mi vida está vacía! María Caridad no es para mí lo que yo esperaba... Hace cinco meses, cuando llegó, tuve un gran entusiasmo, como si empezara a vivir la vida soñada. ¡Después..., después..., no sé! María es aún joven, hermosa; pero no sé, Juan; antes..., ¡qué sé yo!... Este cariño que era un crimen y una esperanza; que estaba todo lleno de temores, de dudas y de sueños; que podía tener hasta la suprema voluptuosidad del arrepentimiento..., ¡era tan dulce, tan intenso! Ahora, confesado, vivido en paz, casi sancionado, no tiene el mismo encanto... ¡Será volubilidad de mi carácter! Cansancio físico tal vez. ¡Yo no soy un mal hombre, Juanito! A haberlo sido, tiempo ha que no viviría con María Caridad. Yo me enfado conmigo mismo por lo que me ocurre... Pero no puedo, no puedo. He sentido ya el desencanto de la intimidad, esa tristeza de la alcoba, que tiene sus noches de ilusión, pero tiene sus mañanas de hastío.

JUAN. Ya ves; la flor del amor, hay que arrancarla en primavera. Por eso te aconsejé que no la dejases marchar o que la siguieses. Lo que pudo ser una vez, no vuelve a ser nunca.

MAN. Pero ¿por qué, Juan?

JUAN. ¡Vete a saberlo! Porque todo pasa, porque cambian las circunstancias, cambia nuestro corazón, y nuestros nervios, y nuestro rostro, y porque morir, que después de todo es cambiar y da lo mismo, es una ley de la vida.

MAN. Pero ¿tú te explicas lo que pasa?

JUAN. ¡No me lo he de explicar! Durante la ausencia de María, la generosidad de tu amor no saciado la embelleció aún más al recordarla. La pintaste cien veces en tus cuadros, siempre hermosa, cada vez más hermosa, sin que pasara el tiempo sobre tu ilusión de artista, como pasaba sobre su cuerpo de mujer. Y hoy quieres a tu ilusión, a la que tú te forjaste, a tu esperanza, y no a la realidad, que te defrauda.

MAN. ¡Oh, no; eso, no; María es una mujer hermosa!

JUAN. No te lo parecerá tanto, cuando ya no la quieres. ¿Te acuerdas que me decías "que me cure el tiempo"? Pues ya te curó. Tú no eres el mismo; María no es la misma tampoco; han pasado las horas, las horas enemigas que todo se lo llevan y no lo devuelven más.

MAN. ¿Por qué dices las horas y no los años, Juan?

JUAN. Porque más que en un año, se puede envejecer en una hora; y a ti se te ha envejecido de repente el cariño; ese cariño, que es más autosugestión y sensualidad de artista, que sentimiento.

MAN. ¿Y qué puedo hacer ahora?

JUAN. Nada; fingir, tener paciencia, aunque sólo sea por respetuosa piedad; pero si te impide trabajar con disgustos, celos y recriminaciones, en una palabra, si llega a advertir tu desamor, ¡ah!, entonces la compasión es inútil. ¡Entonces..., déjala, márchate!

MAN. ¡Dejarla! ¿Es que mi destino ha de ser vivir siempre solo? La dejé antes por un escrúpulo digno y leal; dejé a todas aquellas con quienes quise sustituirla en mi corazón, y ahora...

JUAN. Dejas a ésta, que no tiene ya sitio en él.

MAN. ¿Y eres tú quien hace un instante se quejaba de su soledad?

JUAN. Mi caso es muy distinto: yo he perdido a la madre de mis hijos. Yo la quería a mi modo; bueno, pero la quería. Tú no quieres, no, no,

no protestes; ni a ésta ni a ninguna; tú estás enamorado del amor, de la mujer, no de una mujer; pues toma el amor y las mujeres como un simón, por horas, y vive solo. Créeme a mí: no hay mejor compañía que la de uno mismo. Antes, por pensar en el mañana, en lo incierto; ahora, por recordar el ayer, lo irremediable, nunca vives en la verdad del presente; pues no, vive en él; aprovecha el día de hoy antes de que se convierta en ayer, en lo que no vuelve. Hazte fuerte, olvida a las mujeres y ama, como buen artista, a la gloria, que es la única querida que no desilusiona, porque es la compañera de los viejos y de los idos. Aún tienes para luchar juventud y vigor y entusiasmo; no dejes que eso también se lo lleven las horas que pasan, las horas enemigas; trabaja y sueña; sé fuerte, duro, solo, y así, mañana, cuando la última hora pase también, después del triunfo, tu crepúsculo final será luminoso como una aurora.

ESCENA V

Dichos, María Caridad.

MARIA. ¡Juanito! ¿Usted por acá?
JUAN. ¡Señora!
MARIA. ¿A qué se debe este milagro?
JUAN. Un negocio de unos cuadros; hay que trabajar.
MARIA. ¿Se queda usted mucho tiempo?
JUAN. No puedo quedarme; me necesitan allá mis pobres huérfanos.
MARIA. ¡Es verdad! ¡Pobre Juan! *(Transición.)* ¿Qué puedo ofrecerle?
JUAN. Nada, señora, gracias.
MARIA. Una tacita de te.
MAN. ¡Ca! Preferirá un coñac. ¿Verdad, Juanito?
JUAN. Gracias.
MARIA. Gracias, sí...

JUAN. No, gracias; ya, no...
MARIA. Pero ¿por qué?
MAN. Deja, si no quiere nada.

ESCENA VI

María Caridad, Juanito, Manuel y *Elisa,* de la calle.

MARIA. *(Viendo aparecer en el foro a Elisa.)* ¡Mujer, gracias a Dios que se te ve!
ELISA. Eso digo yo. Gracias a Dios y a mí, que si no vengo... ¡Te pude esperar toda la mañana en la playa! ¡Manuel!... ¡Juanito!... ¡Qué gusto! Todos juntos, como antes, ¿te acuerdas? Parece que fué ayer la noche de la despedida.
MARIA. Bueno; quítate el sombrero.
ELISA. No, no, chica; me quedo cinco minutos apenas; vengo de prisa. ¿Recibiste los figurines?
MARIA. Sí; pero muy pocos; ahora te los enseñaré. No hay nada nuevo.
ELISA. Eso me dice mi modista; con esta guerra, no viene nada. ¡No sé qué nos vamos a poner las mujeres! Habrá que volver a la clásica hoja de parra, ¿verdad?
JUAN. Para nosotros los artistas estarán ustedes mejor así.
ELISA. ¡Ave María Purísima! Bueno; en este tiempo, no diré que no; pero en invierno .. Y usted, ¿qué opina, Juanito?
JUAN. ¡Nada!
ELISA. ¡Caramba, eso es muy poco! Yo esperaba una ocurrencia como de usted.
JUAN. Ya no se me ocurre nada.
MAN. Déjele usted.
ELISA. ¡Sí que está usted cambiado! Antes tan alegre, tan decidor.
MARIA. Ha perdido a su mujer hace muy poco.
ELISA. Pero ¿era usted casado?
JUAN. No; no hubo formulismos ni garabatos; pero hubo y queda algo más serio, más hondo. *(Indica con el gesto que le quedan unos niños.)*

ELISA. Lo siento.

JUAN. Figúrese usted; no era ninguna marquesa, no. Había vendido nardos y décimos en la calle de Alcalá. Llegó un día al estudio y me sirvió de modelo. ¡Era más buena! Al tercer día de "pose" le di un abrazo, porque se había quedado muy quieta; seguimos... Yo tenía una gran satisfacción pintándola, y ella también..., y nacieron cuatro satisfacciones más: tres mujercitas y un varón. Después yo fuí malo con ella, y ahora... ¡me siento más solo!

MAN. ¡Calla, hombre; calla, por Dios!

JUAN. ¡Me encuentra usted cambiado! ¡Ya lo creo! Eso de genio y figura es una gran mentira. La figura la estropea una enfermedad; el genio, una pena muy honda. Envejece uno, y a veces, mucho más por dentro que por fuera. Ahora estoy solo con mis hijos; la mayorcita se da cuenta, callada, seria, vieja ya a los catorce años; el último, el chiquito, me mira con los ojazos muy abiertos, con una mirada estúpida y triste, y a mí me parece que sus pupilas asustadas me preguntarán siempre: "¿Y mamá? ¿Dónde está mamá?" ¡Es horrible! *(Pausa.)*

MAN. ¡Nos hemos puesto tristes todos!

JUAN. ¡Vaya, les dejo a ustedes!

MAN. ¡Tan pronto!

JUAN. Tengo que hacer.

MARIA. ¿No come usted con nosotros?

JUAN. Gracias. Volveré.

MARIA. ¿De verdad?

JUAN. Sí, señora; se lo prometo.

MARIA. Le esperamos, ¿eh? Elisa, comerás aquí también.

ELISA. No; yo, no; tengo gente; me voy en seguida.

MARIA. ¡Oh, espera!

JUAN. ¡Señora!

MAN. Yo te acompaño hasta el ascensor. Con permiso. *(Mutis foro, Manuel y Juanito.)*

ESCENA VII

María Caridad y Elisa.

MARIA. Te agradezco que te quedes. Tu charla me distraerá. Me encuentras con el corazón en un puño. Entre la historia de Juanito y lo que a mí me ocurre...
ELISA. ¿Qué es ello, María?
MARIA. Ahora no te puedo contar. Manuel volverá en seguida y...
ELISA. Pero ¿qué pasa?
MARIA. Nada; que Manuel se aburre, que lo hastío; que vivimos riñendo.
ELISA. ¿Y eso?
MARIA. Es largo de contar. Para mí que Manuel está entretenido por otra mujer.
ELISA. ¡Por otra!...
MARIA. ¡Sí, la de Rodarte! Se ha hecho íntima nuestra, y yo creo que es porque le gusta Manuel. Tú sabes que ella no tiene escrúpulos.
ELISA. Figúrate, y con ese marido...
MARIA. Manuel se empeña en que seamos muy amigas, y a mí me da que sospechar ese interés. Tú que la frecuentas, que los has visto juntos, ¿no has notado nada?
ELISA. La verdad, no. Mentiría si te dijera otra cosa. Pero no tendría nada de extraño. Los hombres quieren a plazo fijo, chica. Parece que cada mujer tuviera para ellos una cantidad justa de ternura y de besos, de la que no es posible pasar. El día menos pensado, liquidan. ¡Se lleva una cada chasco! Yo me enamoré hace poco de un artista, un concertista de piano. El que debuta mañana.
MARIA. Le oigo todos los días. Vive en este mismo hotel, pared por medio.
ELISA. ¿Le conoces?
MARIA. Ni de vista.
ELISA. Un muchacho muy guapo; ¡con unas melenas de soñador!... ¡Pero voluble! ¡No quieras sa-

ber! ¿Querrás creer que empiezo a echar de menos al burguesote de mi marido?

MARIA. ¿Qué me dices, mujer?

ELISA. Porque para sufrir y aburrirse, bueno era mi marido, que siquiera, era legítimo... En fin...

ESCENA VIII

Dichas y Manuel.

MAN. ¡Pobre viejo! ¡Está más abatido!

ELISA. Eso le decía yo a María. Está inconocible. También que no es para menos.

MARIA. En vida de su pobre mujer, no podía soportarla. Ahora..., ya ves. Nunca se aprecia el valor de lo que se tenía, como cuando se ha perdido.

ELISA. Tienes razón, María; y con ella te dejo.

MARIA. ¡Cómo! ¿Ya?

ELISA. Ya sabes que tengo visitas hoy. Mañana te prometo venir a pasar contigo todo el día.

MARIA. Bueno; pero que no se quede en promesa.

ELISA. No; descuida: vendré. Adiós, Manuel. *(Mutis calle.)*

MARIA. Hasta mañana, ¿eh?

MAN. Elisa...

ESCENA IX

María Caridad y Manuel.

MAN. ¡Vaya! Es el caso de decir: ¡al fin, solos!

MARIA. Para dormirte, ¿verdad?

MAN. ¡Pero todavía! Vamos, no seas rencorosa.

MARIA. ¡Ojalá lo fuera!

MAN. ¿Por qué dices eso, mujer?

MARIA. ¡Ay, por qué...!

MAN. Anda, anda, deja las lamentaciones y acaba de arreglarte, que es tarde.

MARIA. ¡Que es tarde! ¿Para qué?

MAN. ¡Cómo! ¡No te acuerdas que los Rodarte nos

invitaron para hoy a las cinco a dar un paseo en lancha?

MARIA. ¡Los Rodarte! ¡Qué cínico eres!

MAN. Pero ¿qué dices?

MARIA. ¡Tú crees que soy tonta, que estoy ciega, que no me entero de nada! Si te aburres y te duermes a mi lado, es por ella, por esa... señora, que te tiene trastornado.

MAN. Bueno, bueno, mujer; mira: no empecemos de nuevo.

MARIA. Concluyamos, digo yo. Estoy ya harta. Después de todos sus coqueteos, y que sabe que yo los he advertido, porque se lo he dejado comprender, se atreve ahora a invitarnos. Podía invitarte a ti solo, que eres quien le interesa. ¡Qué falta hago yo!

MAN. ¿Celitos ahora? ¡Vamos, esto es ya demasiado, María!

MARIA. Sí, sí; es demasiado. Yo te di cuanto podía darte; volví a tu lado, abandonándolo todo: mi país, mis escrúpulos; lo he arrostrado todo por ti; hasta el escándalo, porque te quería, te quería con toda mi alma, ¿entiendes?

MAN. Pero ¿a qué viene esto ahora? ¿No te quiero yo también? ¿No soy para ti como debo ser?

MARIA. ¡No!

MAN. ¡María!...

MARIA. No; no lo eres, no. Me quisiste antes porque era de otro, por vanidad; ahora, ya no tengo importancia. Don Juan necesita otra para su lista.

MAN. ¡Para mi lista!

MARIA. Sí, sí; tu lista de amantes. ¿Crees que no sé la vida que llevaste durante mi ausencia? ¿Crees que no sé que tu estudio era una romería de mujeres? ¿Crees que ignoro que te arruinaste por ellas?

MAN. ¡Bueno, María, bueno; basta! ¡Ya estoy harto de oír todos los días la misma cantata! ¡No haces sino reprocharme por todo!

MARIA. No; si no te reprocho más que tu ingratitud.

Si estoy dispuesta a todo; a sufrir más aún; a anularme junto a ti; a ser tu esclava; pero que me engañes cínicamente; que me pospongas a la primera que te sonríe; que me desdeñes por esa... perdida de Lola Rodarte, eso, no, Manuel; eso, no; es demasiado; no quiero, no puedo, no me siento con ánimos para tolerarlo.

MAN. Pues no lo toleres más, si así lo crees; haz lo que quieras.

MARIA. ¡Manuel!

MAN. Sí, lo que quieras; pero no me amargues más la vida.

MARIA. ¡Que no te amargue! Y eres tú quien me responde así. ¡Que no te amargue la vida! ¡No sé yo quién se la amarga a quién!... ¡Canalla!... ¡Canalla! *(Cae llorando en una silla. Pausa.)*

MAN. Vamos, no te pongas así, mujer. Te he contestado mal, es cierto; pero es que me exasperas; no tienes razón. *(Llaman al timbre del teléfono.)* A ver quién llama ahora. *(Al teléfono.)* ¡Hola, sí; yo soy! ¡Hola! ¡Ah! ¿Cómo está usted? Sí, gracias.

MARIA. Es ella, claro; lo de todos los días.

MAN. *(A María.)* ¡Calla, por favor! *(Al teléfono.)* Sí; muchas gracias... No sé... María está un poco indispuesta...

MARIA. Mentira. Dí que no voy porque no quiero.

MAN. ¡Calla, calla!

MARIA. Se lo diré yo. No voy por...

MAN. ¡Calla, te digo, calla!

MARIA. ¡No quiero!

MAN. ¡Calla! *(Arranca el auricular y lo tira.)* ¡Vaya, se acabó! Así, ni tú ni nadie.

MARIA. ¡Muy bien, muy digno, muy bonito! Ya está todo como tú deseabas.

MAN. ¡María, María!

MARIA. Sí, sí; como tú lo deseabas; que se enterara ella de mis celos, de tu desdén, de nuestras ri-

ñas. ¡Que sepa todo el mundo que no me quieres!

MAN. ¡María, por favor!

MARIA. No, no; si no hace falta que te contengas.

MAN. ¡María!

MARIA. ¡Si no puedes contenerte! ¡Si está muy bien! ¡Si es muy caballeroso, muy digno!

MAN. ¡María!

MARIA. ¡Muy digno! ¡Maltrátame ahora! ¡Pégame! ¿Por qué no me pegas? Es lo único que te falta... ¡Canalla, canalla, mal hombre!

MAN. ¡María, por la Virgen! *(Levanta la mano sobre ella y la detiene. María cae en el diván llorando.)*

ESCENA ULTIMA

Dichos y Juanito.

JUAN. ¡Eh! Perdonen, yo...

MAN. No; no te vayas; si llegas a tiempo de ver cuanto aquí pasa; para ti no hay secretos.

JUAN. ¡Calma, calma!

MAN. Si no hay quien la tenga, Juanito; si no hay quien pueda tenerla. Esto es de todos los días, ¿entiendes? Estoy condenado a una escena de celos diaria.

MARIA. Diga usted que tengo razón.

JUAN. Calma, por favor, María Caridad.

MARIA. Es que se me engaña sin disimulo; es que se me deja como un pingo inservible, después de que yo lo he abandonado todo por volver. Usted no sabe, Juan, usted no sabe. Este hombre no tiene corazón. ¡Esto no es vida!

JUAN. ¡No, en efecto; esto es matarse!

MARIA. ¡Ah! ¿Lo oye?

MAN. Mira: yo te explicaré...

JUAN. No hace falta explicación. Lo veo, lo comprendo. ¡Esto no puede ser! ¡Os estáis matando poco a poco!

MARIA. ¡El a mí!

JUAN. Los dos.
MARIA. ¡Yo!
JUAN. Los dos, María. Hace mucho tiempo, cuando debió ser, quise uniros; entonces no quisisteis; ahora...
MARIA. Ahora, ¿qué...?
JUAN. El amor no renace por compasión. La muerte es la ley de todo lo que existe; todo muere; ¿qué privilegio tiene el amor para sobrevivir? Ahora debéis separaros, antes de que el amor se convierta en ofensa, y el desamor, en odio. ¡Es lo único digno!
MARIA. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Lo único digno! Como si uno pudiera arrancarse del alma el cariño. ¡Y que usted, usted, Juanito, diga esto también! ¡Todos, todos contra mí! ¡Como si el amor supiera de razones! ¡Dios mío! ¡Virgencita mía, llévame, llévame! *(Pausa. Ella se tapa la cara. Juanito aprovecha para llevarse a Manuel. Dentro empieza la "Rapsodia número 2", de Listz, muy lenta. María se levanta del diván, sola ahora.)* ¡Manuel! ¡Manuel!
JUAN. *(Aparece en el foro.)* ¡Se marchó para siempre!
MARIA. ¡Oh, no, no!
JUAN. Es en vano. Pasó el amor; todo pasa. ¡Lo único eterno es el dolor!
MARIA. ¡Qué crueldad! ¡Qué infamia!
JUAN. ¡Mucha crueldad! ¡Pero no de él! ¡No mía! ¡De la vida! *(Fuerte el piano, al andante de la "Rapsodia"; María llora en brazos de Juanito.)*

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraordinario), por Jacinto Benavente.
14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por L. Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La risa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galana*, por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura*, por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini*, por Carlos Arniches y Joaquín Abati.
37 *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia*, por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40 *Madame Pepita*, por G. Martínez Sierra.
41 *Don Juan, buena persona*, por S. y J. Alvarez Quintero.
42 *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.

43 *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44 *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.
45 *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
46 *El bandido de la Sierra*, por Luis Fernández Ardavín.
47 *La intrusa*, por Maurice Maeterlinck.
48 *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49 *Los Leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.
50 *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.
51 *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.
52 *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.
53 *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada*, por Jacinto Benavente.
54 *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.
55 *La Raza*, por Manuel Linares Rivas.
56 *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres*, por Jacinto Benavente.
57 *La noche del sábado* y *La ley de los hijos*, por Jacinto Benavente.
58 *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien*, por Jacinto Benavente.
59 *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.
60 *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.
61. *El azar*, por Federico Oliver.
62 *El ilustre huésped*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
63 *Las hijas del Rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.
64 *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.
65 *... Y después?*, por Felipe Sassone.
66 *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.
67 *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.
68 *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.
69 *El último mono*, por Carlos Arniches.
70 *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.
71 *La condesa María*, por Ignacio Luca de Tena.
72 *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.
73 *La jaca torda*, por José Luis Mayral.
74 *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.
75 *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.